



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

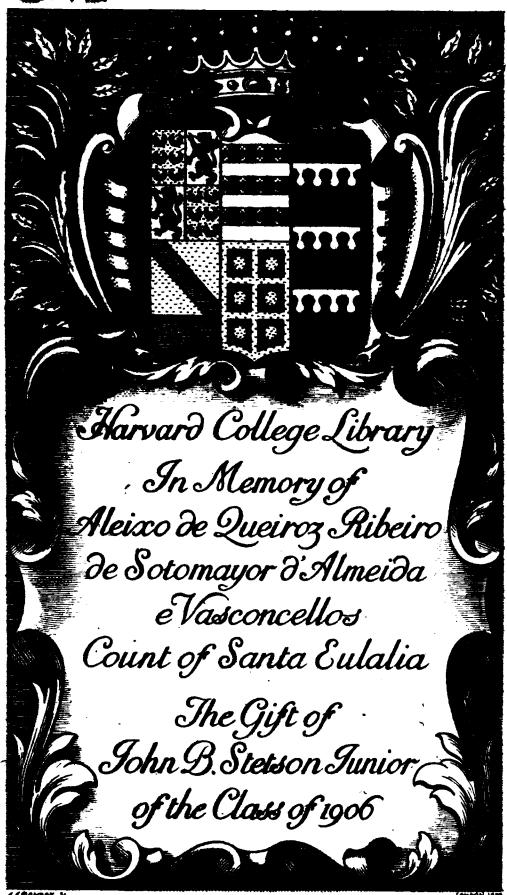
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SAL
2560
~~2560~~

SAL 2560.98.100



Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

J. G. Bennett

1906



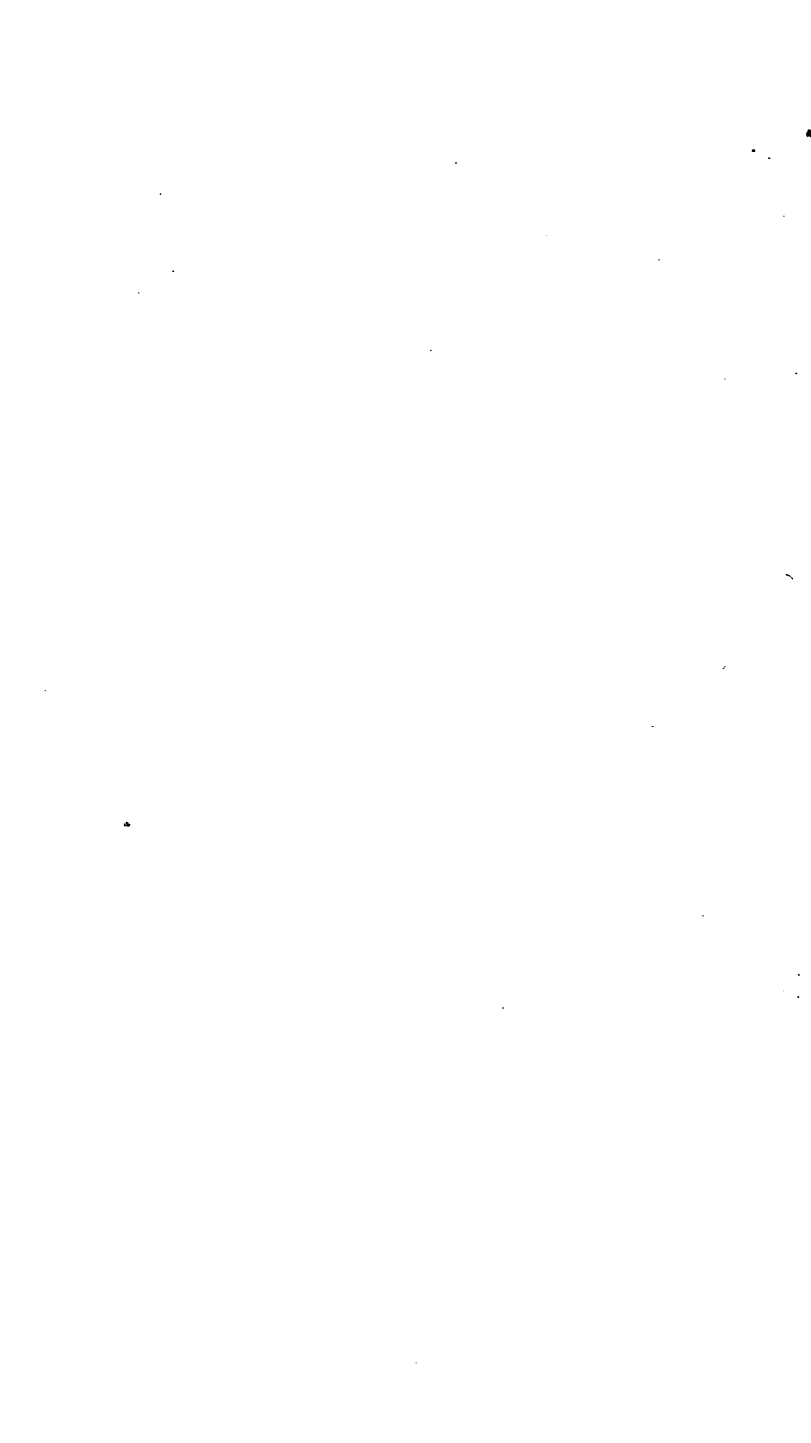
Rafael Angel Troyo

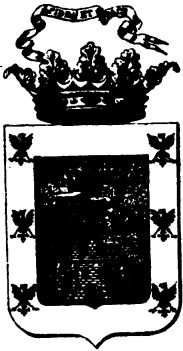








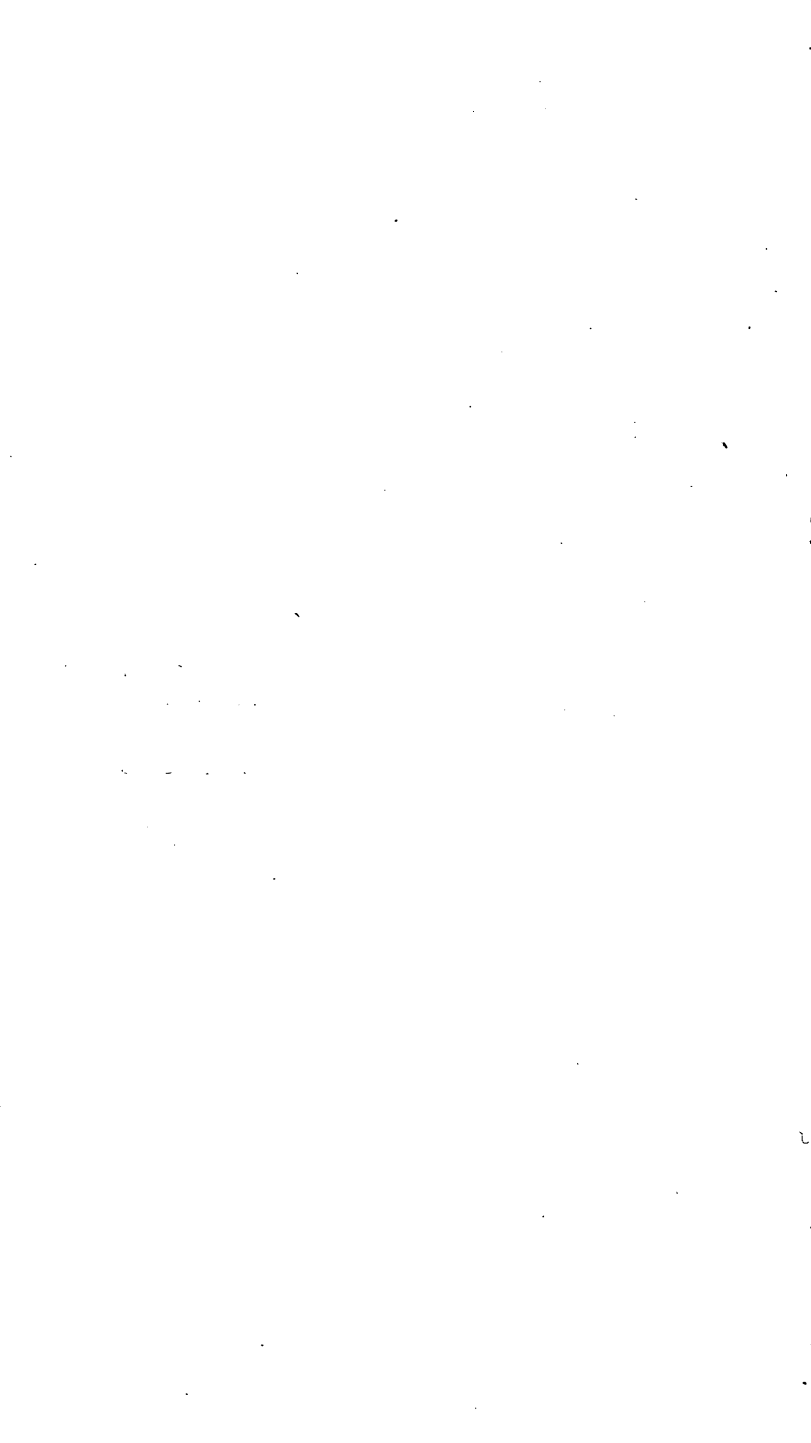




••••• Topacios
Cuentos y •••••
••••• Fantasías
por •••••
Rafael Angel Troyo.

Año MEMUT

• Imprenta de N. Alsina •
San José, Costa Rica



Para el Sr. Alberto Alvarez Casas
Afectuosamente
Mafael Ángel Rojas.

TOPACIOS

Cartago, Julio 1929

ÓBRAS PUBLICADAS
POR
RAFAEL ANGEL TROYO

TERRACOTAS

(Cuentos breves).

ORTOS

(Estados de alma).

CORAZÓN JOVEN

(Novela psicológica).

POEMAS DEL ALMA

(Prosas).

TOPACIOS

(Cuentos y Fantasías).

EN PREPARACIÓN:

LA ERMITA DEL ENSUEÑO

(Poesías)

TERRACOTAS (2ª edición).

LOS PRÍNCIPES DEL ARTE

(Semblanzas).

TOPACIOS

(Cuentos y Fantasías)

POR

RAFAEL ANGEL TROYO



IMPRENTA ALSINA

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1907

~~SAL 2160.98.100~~

✓ SAL 2560.98.1100

L

HARVARD COLLEGE LIBRARY
COUNT OF SANTA EULALIA
COLLECTION

N

GIFT OF
JOHN B. STETSON, Jr.
Feb 14, 1930

**ESTAS PÁGINAS
CONTIENEN:**

Prólogo de Julio Flórez.
Explicación y Ofrenda.
De Blanco y de Rosa.
Después del Crepúsculo...
Los Luceros
Los Primeros Versos
Nela.
Supremo Instante.
Las Manzanas.
Del Pasado.
El Rubí
Del tiempo Viejo.
La Tristeza de la Luna.
El más viejo de la Aldea.
Aquella Noche.
Eterno Anheló.
El Pañuelo.
Acuarela.
En la llanura Inmensa ..



PRÓLOGO

DE

JULIO FLÓREZ



***E**ste libro es un ramo de azucenas
que aprecio yo... como si fuese mío;
sus nevadas corolas están llenas
de perfume, de miel y de rocío.*

** * **

*Es un ramo sencillo, no tocado
por el insecto vil ni el cierzo aleve;
cada flor es un cofre entrecerrado,
en donde el alma del candor se mueve.*

TOPACIOS

Tan frágil es, tan puro, que, mi locamente imagina que sus hojas bellas, se van á disgregar, si alguien las toca, como una blanca floración de estrellas.

* *

Fué cogido en un bosque de Cartago, bosque que el aura de suspiros puebla, en las agrestes márgenes de un lago que gime entre las gazas de la niebla.

* *

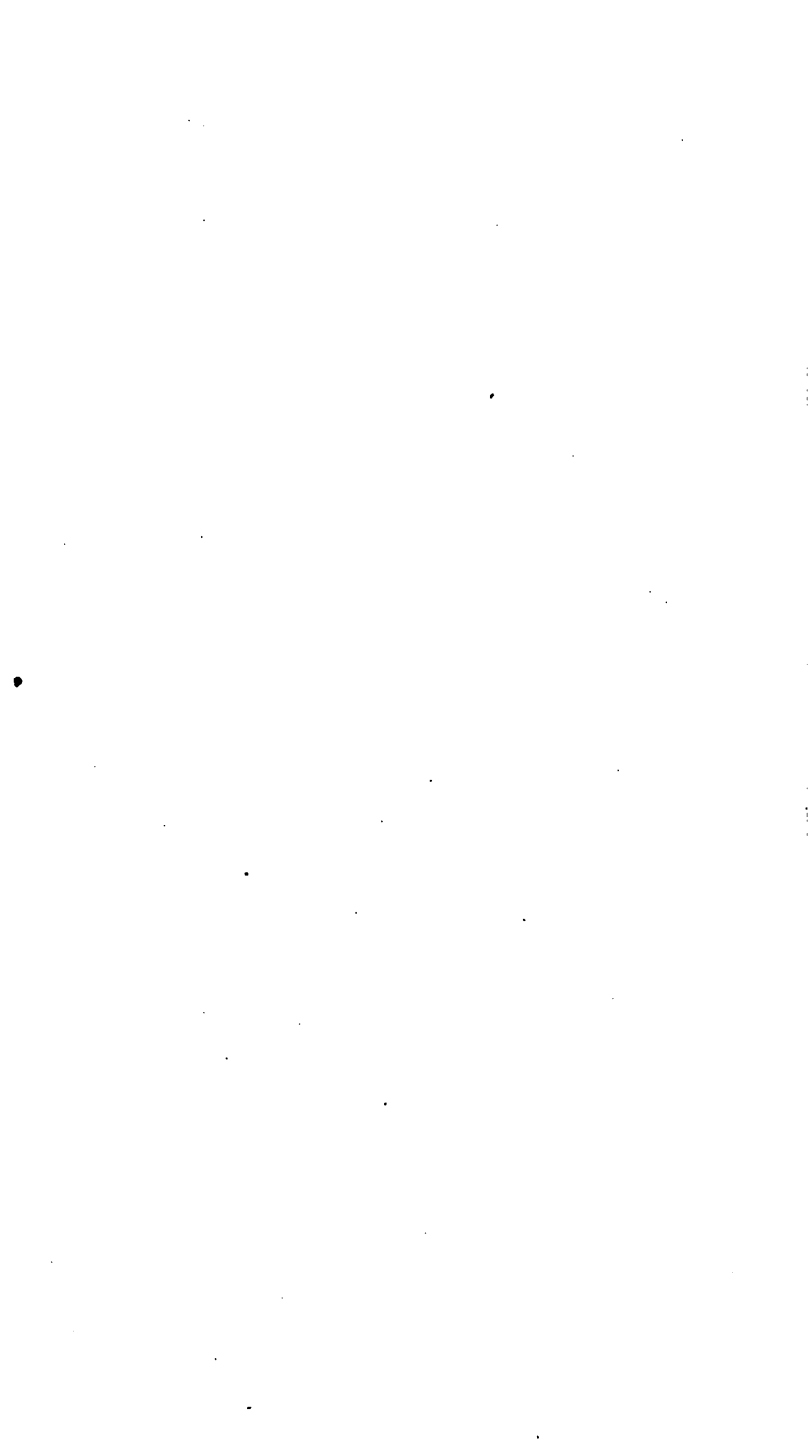
Desde el balcón más alto del castillo del soñador que me lo dió—su dueño—del sol que nace, ante el alegre brillo, yo lo arrojé á los campos del ensueño.

* *

¡Oh almas, aspiradlo!... su perfume es de aquellos que alivian hondas penas, es de aquellos que el tiempo no consume... aspirad... ese ramo de azucenas!

Julio Flórez

EXPLICACIÓN Y OFRENDA



EXPLICACIÓN

Y OFRENDA

Lo que digo en este libro
viene de adentro,
viene del alma.

Se siente la necesidad de escribir
y se escribe.

Nada más.

«TOPACIOS» son mis lágrimas cristalizadas,
es ese llanto que no asoma á los ojos,
el más amargo,
el que gota á gota filtra el corazón...

TOPACIOS

Para Tí, dulce compañera de mis
sueños, va este pobre collar de TO-
PACIOS

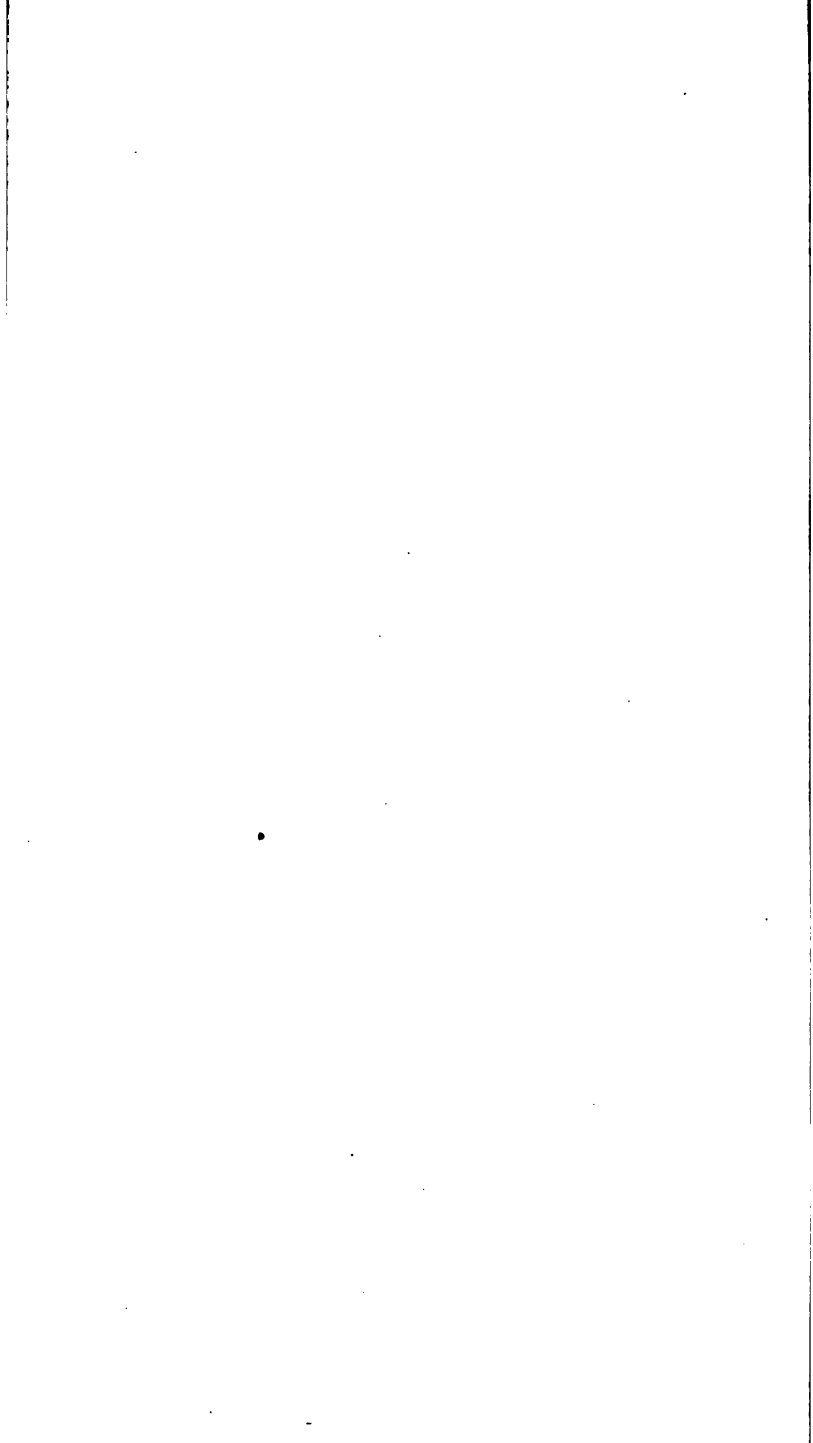
que yo pongo en tu cuello,
y cierro con el broche de
un beso...

Rafael Angel Troyo.

CUENTOS Y FANTASÍAS



DE BLANCO Y DE ROSA



DE BLANCO Y DE ROSA

A Enrique Gómez Carrillo.

NORA vestía de blanco y Lesbia de rosado. Nora era morena y tenía los ojos negros, grandes y bellos, y daba sombra á su busto gentil una sombrilla color de rosa, floreada con blancas margaritas de corolas de oro.

Lesbia era rubia, de lindos ojos azules, y se resguardaba del sol, bajo una sombrilla blanca que adornaban claveles de color de rosa.

TOPACIOS

Y en aquella mañana de venturosa primavera, caminaban las dos amigas por el sendero que bordeaban altos castaños de ramajes umbríos. En el cielo, de un límpido azul de zafiro, se veía entre las nubes, la luna blanca, como una apagada lámpara de alabastro. En el campo, el Hada Primavera regaba su coruscante alegría, y vestía de luz, las praderas verdes, y las praderas de oro, donde los trigales al beso de la brisa, se mecían con la blanda ondulación de un lago; y de azul se veían las lejanas montañas, el humo de las chozas de la aldea, y el río que con perezosa lentitud de serpiente, iba discurriendo por quebradas y llanuras. Y felices, con el contento que les daba su juventud, iban las dos compañeras diciéndose cosas de amor y de dicha entre la ronda ideal de las mariposas que pasaban. A poco llegaron frente al portón de hierro, que rechinando se abrió para darles paso al inmenso jardín, de donde emergía la deliciosa fragancia de las flores.

—¡Ah! que dulce el perfume de las violetas—dijo Nora, en tanto que Lesbia, encantada, contemplaba aquel ensueño de flores, que en una rara y bella variedad de matices, se extendía por la luminosa pradera. Y entre tantas flores, había rosas tan rojas que parecían purpuradas por la sangre de un ave herida que hubiese caído entre las ramas del rosal; y blancas había, como hechas de porcelana ó de espuma; y otras rosas pálidas, casi anémicas. Las magnolias lucían la pureza de sus copas de alabastro, llenas de los diamantes del rocío; y las crisanthemas de rizados pétalos, eran como crespas cabecitas de niños. Y violetas muchas, en tupidas alfombras de perfumes.

Mas allá... en el extremo del largo jardín, adonde habían llegado las bellas amigas, comenzaba el bosque con sus riachuelos cristalinos y sus espesas frondas, donde las ninfas tejían las misteriosas danzas de sus sueños.

De pronto, y en el silencio del paisaje, que llenaba el viento

con sus vagos rumores, se oyó el melancólico gemido de una paloma.

—Nora,—dijo la rubia,—¿oyes?

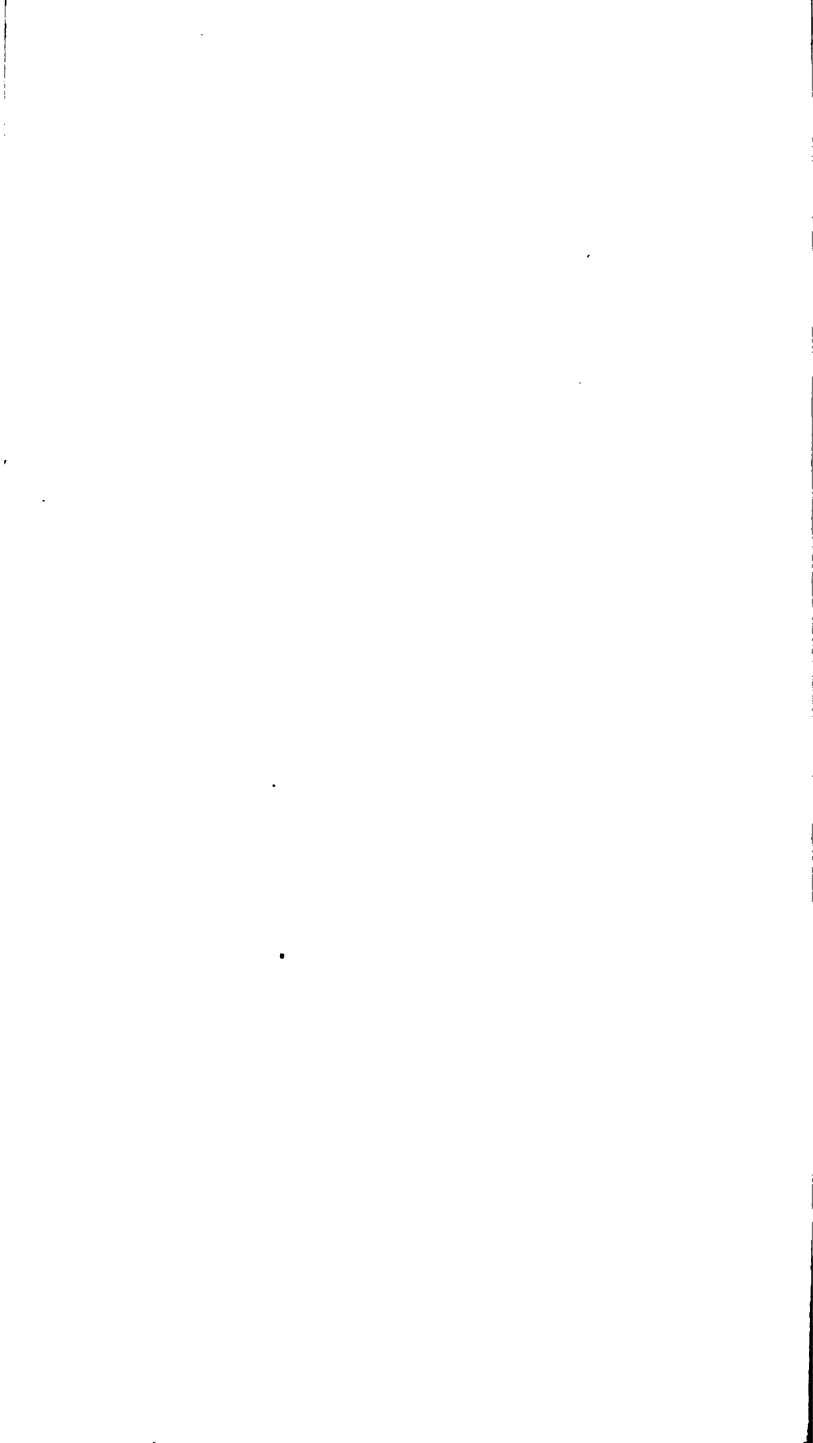
—Sí, Lesbia, contestó la morena—es una paloma que se queja por la ausencia de su amante... El ave voló de la alta copa de un árbol á un florido limonero. Qué linda era la paloma con su sedoso plumaje blanco y su pico de rosa. Nora se acercó al limonero á contemplar la preciosa avecita.

—Cuidado la espantas, murmuró quedamente su compañera.

En esos momentos se oyó un ruido de pasos sobre la seca hojarasca. Nora y Lesbia, aterra- das, se miraron en silencio... y enseguida una detonación resonó entre ellas, repercutiendo con eco pavoroso en el confín de la selva. La paloma, asustada, levantó el vuelo, y entre la densa humareda que la rodeaba, Nora lanzó un grito terrible, y llevándose ambas manos al pecho, cayó sobre una muelle alfombra de violetas, y bajo una lluvia de hojas y de flores que se despren-

RAFAEL ANGEL TROYO

dían de los árboles umbríos. Y cuando entre los brazos de su amiga, convulsa y agonizante se agitaba la pobre niña, la encendida rosa de sus labios se tornó pálida y mustia, y sobre el albo corpiño, donde se erguía la curva de sus senos, floreció un sangriento y esponjado clavel.



DESPUÉS DEL CREPÚSCULO...



DESPUÉS DEL CREFÚSCULO...

LA tarde palideció, y los altos montes, los valles, y colinas, se llenaron de silencio y de misterio.

Desde la vera del camino mi amada y yo asistíamos á la muerte del sol, y veíamos como después de ese gran incendio del crepúsculo que todo lo había iluminado con sus rojos resplandores, solo quedaban grupos de enormes sombras, que pasaban y pasaban, enlutando la inmensa comba de los cielos. En torno

nuestro las cosas iban perdiendo su natural aspecto, para arrojarse en ese fantástico velo que cae de la altura, en el trágico silencio de la noche...

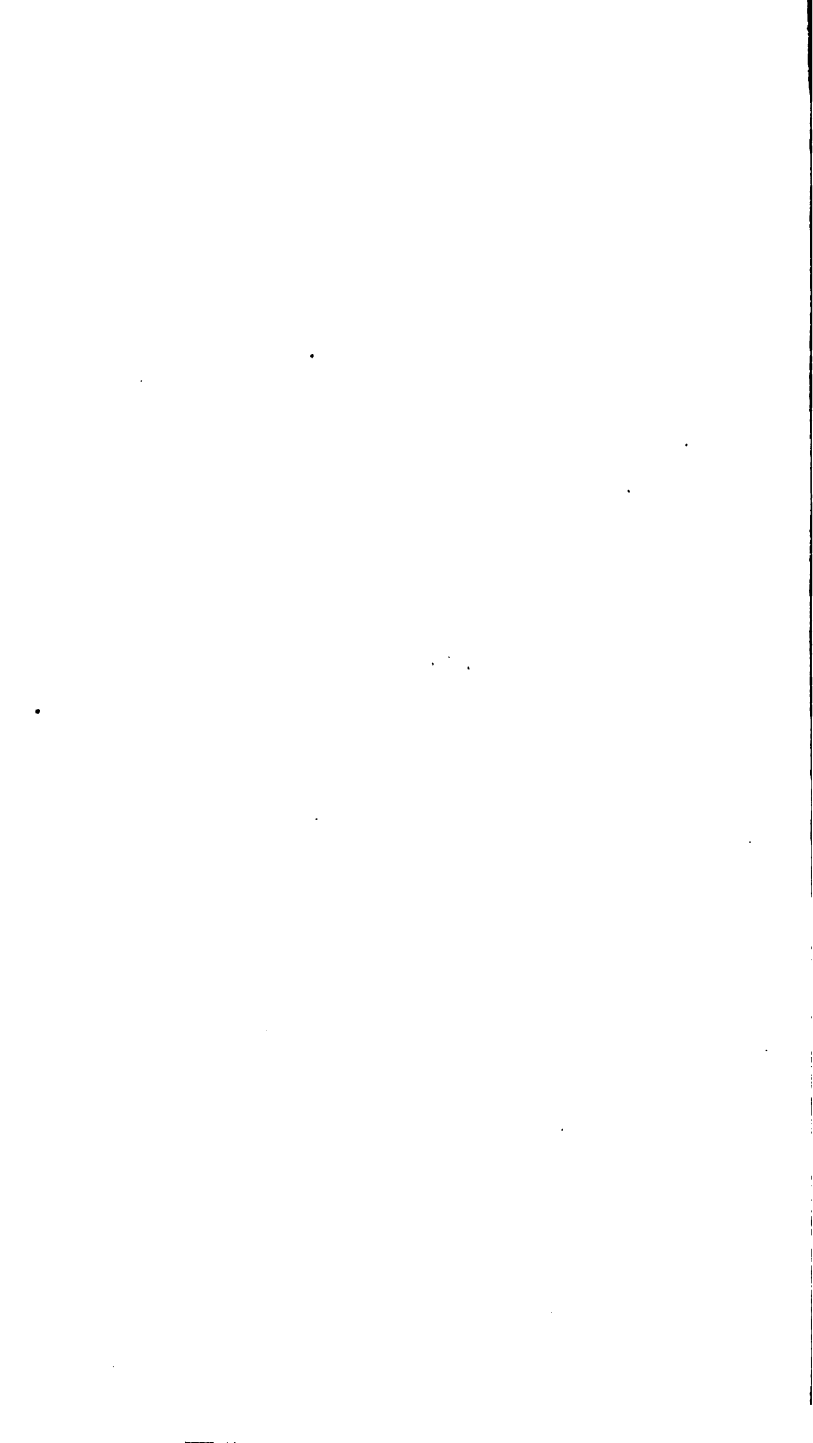
En la bóveda celeste, surgió la luna redonda y bella; y sobre nuestras cabezas pasó en rápido vuelo la última pareja de palomas que venía del monte...

—Mira! me dijo de pronto mi adorada,—mira aquella estrella que vuela, ya se ocultó en la luna!.. Y una estrella errante cruzó el espacio y fué á apagar su fulgor frente al astro de la noche.

—Es acaso un pájaro del cielo que va huyendo de las sombras?
—agregó Ella.

—Sí, la contesté, es una ave de luz que va á su nido, á ese refulgente nido de plateadas hebras, que afanosa un día, colgó del firmamento...

LOS LUCEROS



LOS LUCEROS

EL enfermo dormitaba, cuando abrió sus grandes ojos de moribundo, que cercaban profundas ojeras. Al ver al borde de su lecho la alta figura del sacerdote, el asombro se pintó en sus extraviadas pupilas, palideciendo más su cadavérico rostro.

—Ah! creía que soñaba—dijo el joven enfermo con lenta y apagada voz, levantando su temblorosa mano, flaca y amarilla, como de marfilina transparencia. El eclesiástico con bondadosa

sonrisa estrechó aquella mano escuálida y fría.

—Aquí tenéis á vuestro viejo rector, que viene á saludaros y á ofrecer á vuestro espíritu el celestial consuelo de nuestra santa Religión, y al hablar agitaba con singular ruido, las cuentas de vidrio de su luengo rosario.

—¿Y cómo me encontráis, señor rector?—preguntó el enfermo con una triste sonrisa.

—Os encuentro animado, mi querido amigo, sobre todo, veo en vuestros ojos, la dulce serenidad de una conciencia tranquila. Ah! dichosas las almas que rotas las ligaduras de la carne, sólo tienen pupilas para ver el esplendente horizonte que se abre hasta Dios...

El pobre moribundo terriblemente emocionado, fijó sus ojos llenos de lágrimas en un pequeño retrato que se destacaba del fondo de la pared, y que iluminaba, en la penumbra de la estancia, el pálido destello de una mortecina lámpara votiva.

El sacerdote, severo y alto, continuó con dramática voz:

—Felices las almas á donde no llega el turbulento oleaje de la vida con el engañoso murmullo de sus recuerdos... sí, mi amado hermano, desprendeos de las pasiones de la vida, engendro del deseo y de la mentira, y volved vuestra esperanza á Dios, que es la Felicidad y la Verdad misma; abandonad sin lágrimas estas pérfidas playas cuyas candentes arenas queman la planta que las besa. Ah! qué bello debe ser ese vuelo á través del Universo luminoso; celeste espacio donde vagan las armonías de los ángeles, jardín de opulentas flores de luz que cruzan las almas de los justos, en millares de chispas rutilantes, que como las luciérnagas de la tierra, se apagan y se encienden en su paso, de un cielo á otro cielo...

El enfermo lloraba en silencio, y el anciano sacerdote con los ojos levantados al cielo, concluyó diciendo:

—Venturoso hermano que tan lleno de fé y de valor váis á abandonar este Valle de lágrimas, para acercaros á Dios! Fe-

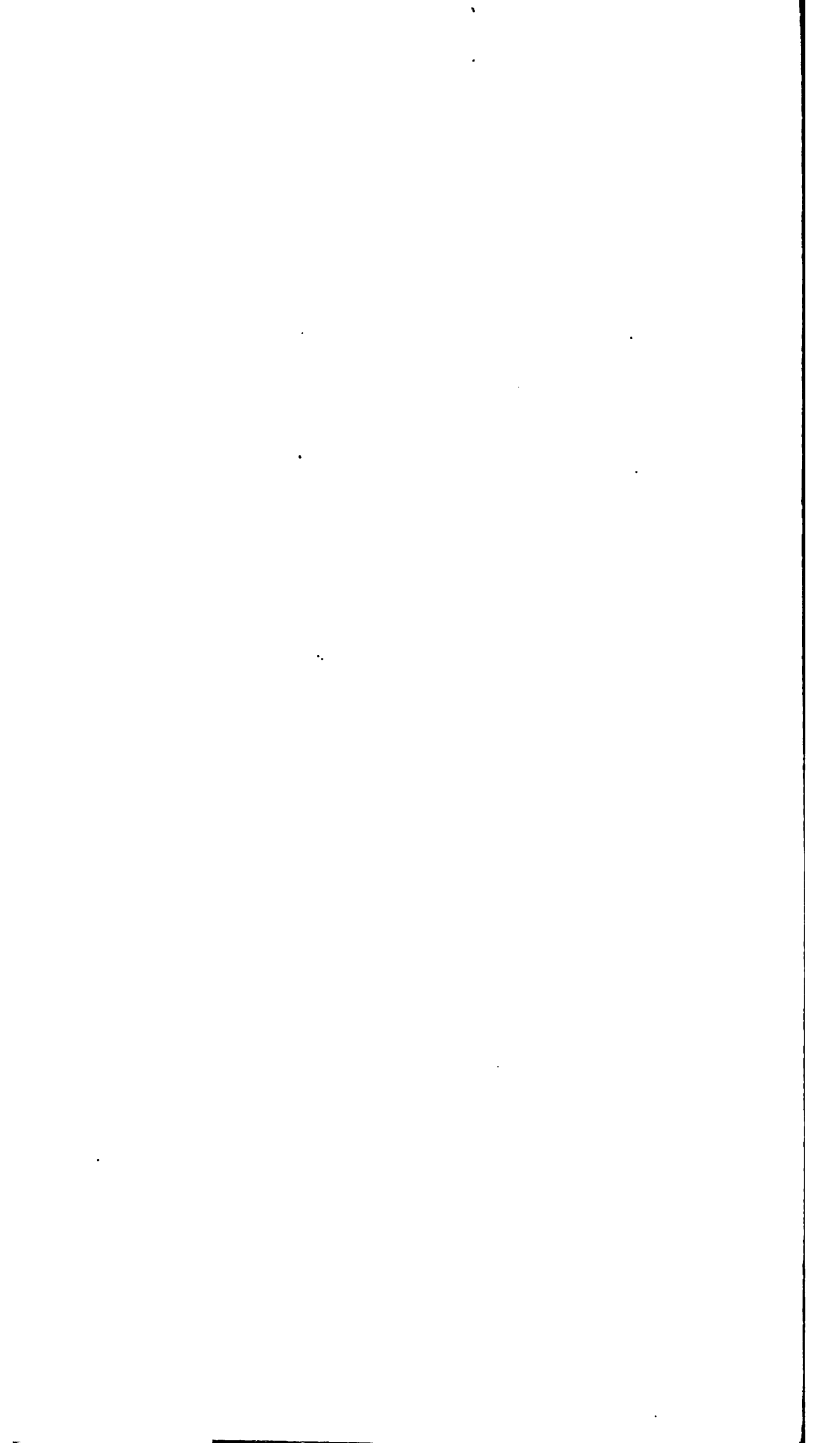
TOPACIOS

liz de vuestro espíritu que va á bañarse en la luz de esos luceros que como enormes diamantes se engarzan en el azul del firmamento.

Y el agonizante, con el llanto en las oscuras cuencas de su demacrado rostro, y con desfalleciente voz de murmullo, dijo:

—Señor rector, todo lo que me habéis dicho es muy bello y muy cierto; pero prefiero de la bondad de Dios el milagro de mi vida, solo, para seguir inundándome en la luz de otros luceros:
• ¡ah! en los divinos luceros de los ojos de mi amada...

LOS PRIMEROS VERSOS



LOS PRIMEROS VERSOS

FUÉ en el mes de abril, en el mes de las guarías moradas, y de los bellos crepúsculos de oro. Y era en el buen tiempo de los dieciocho años...

Estábamos en el campo, en un campo de praderas muy verdes, y de largos plantíos de café que cubría como polvo de nieve una alba eflorescencia de perfumados azahares.

Naya vivía en una casa blanca y pequeña, cerca del río, cuyas espumas iban á veces á con-

fundirse con las azucenas de su jardín.

Aquella mañana yo caminaba pensando en Ella, cuando la sorprendí arrojando piedrecillas en las mansas ondas del río que pasaba; su hermoso cabello castaño goteaba diamantes del agua cristalina donde acababa de bañarse. Ah! que linda estaba Naya! Recuerdo su trajecito blanco floreteado de claveles rojos, que á mí se me antojaban claveles vivos que iban á desflorar. Esa mañana, ¡la inolvidable mañana mía!, fué cuando Ella me miró de una manera tan expresiva, y con tanta ternura, que llena el alma de felicidad canté con el contento de un niño, todas las canciones de amor que yo sabía...

Mi madre mirándome á los ojos me dijo:

—Qué dicha, hijo mío, traes en el corazón que te tiene tan alegre? Y yo, ruborizándome no supe decirle nada... Entonces ví con extrañeza que á sus ojos asomaban lágrimas. Ah! en ese tiempo yo no sabía que las ma-

dres lloraban cuando los hijos
refán!

Días despues, íbamos por un
estrecho sendero que perfuma-
ban las flores de los cercados;
adelante caminaba Naya, yo iba
detrás, de cuando en cuando vol-
vía á mirarme; de pronto se de-
tuvo frente á unos rosales, don-
de se confundían las rosas blan-
cas con las rosas rojas. Yo apre-
suré el paso, y al acercarme me
dijo con una voz muy dulce:

—Mira que encanto de rosas!
pero no ví las rosas del cercado,
por mirar las rosas de sus la-
bios. Entonces ví como brilla-
ban sus pupilas... me acerqué
más á Ella y nos besamos. No
sé cuanto tiempo estuvieron jun-
tos nuestros labios, sólo si re-
cuerdo que el cielo estaba muy
azul, y que el crepúsculo lenta-
mente se desmayaba como una
inmensa rosa pálida...

Aquella noche con el corazón
enternecido, lloré sin tener nin-
gún dolor ni ninguna tristeza,
y escribí mis primeros versos,
unos versos donde rebosaba la
alegría de aquel amor y de aquel

TOPACIOS

**dichoso tiempo. Ah! esa alegría
que desde entonces nunca más
ha vuelto á mi alma!...**

¡Nunca más!

NELA



NELA

DESPUÉS de algunos días de espesa bruma, y de un cielo oscuro y nebuloso, amaneció la mañana radiante de aurea luz... Daba gusto ver aquel cielo tan azul, y aquel mar tan sereno y luminoso.

La nave se deslizaba suavemente, dejando tras sí una rizada estela de espumas. Abajo, en la estrecha y sucia cubierta, los pobres inmigrantes resán contentos del sol que secaba sus harapientos trajes, húmedos de

la helada bruma y del sereno de las noches frías. Y desde la barandilla del puente contemplé aquel miserable hacinamiento de hombres, de mujeres y de niños, que hablaban en sus extrañas jergas y miraban con sus ojos tristes el lejano horizonte sin fin. Melancólico rebaño que igualaba la negra miseria con sus hondos pesares y su eterno hastío. Pobres soñadores de una tierra de promisión, adonde iban atraídos por la gloriosa luz del engañoso miraje del oro...

Una mujer pensativa y triste atrajo mi atención, sus hermosos ojos azules escudriñaban siempre el borroso confín; era joven, y en su ajado rostro, se marchitaba la flor de su belleza, en sus frágiles brazos sostenía á una graciosa niña; era la chiquilla como la madre, pálida, de rizados cabellos de oro, sus mismos ojos de cielo, pero más brillantes, y sin las violáceas ojeras de aquel rostro que tantas veces debió haber empapado en sus quemantes lágrimas el dolor.

En la fastidiosa vida de aquella gente, era la chiquilla la que alejaba la nostalgia con su graciosa charla de cotorra y su risa cristalina.

Y aquel día la dulce niña preguntaba:

—De quién es el mar, mamá?

—El mar? contestábale la madre sonriente, el mar es de Dios...

Y madre é hija miraban las olas, como pasaban una tras otra, talvez hacia playas ignotas...

—Oye! mamá,—volvió de nuevo á preguntar la pequeña,—cuando llegaremos á ese país, donde dicen que los pobres no mueren de hambre? Y la madre con honda tristeza díjole:

—Mañana, Nela, mañana llegaremos, y se quedó pensativa, contemplando la lejana inmensidad, como si tratase de adivinar lo que tras ese misterioso velo de la distancia, la esperaba allá, en lo desconocido, á donde iba pobre y sola, con la confianza en Dios, y el amor en su hija del alma. Un día, en el obscuro rincón de su patria, oyó decir que en América todo el mundo.

era rico, desde entonces soñó con ese cielo de bendición, y una noche, después de haber llorado mucho, se embarcó camino de la Dicha y de la Esperanza...

Aquella tarde, la última de á bordo, y cuando la costa Norte-Americana surgía ya en el indeciso horizonte como un amontonamiento de nubes en derredor del mar, oí por última vez el delicioso arrullo de la pobrecita Nela que decía:

—Madrecita, como es la casa que nos espera allá? será menos negra y fea que la que dejamos en la Patria?

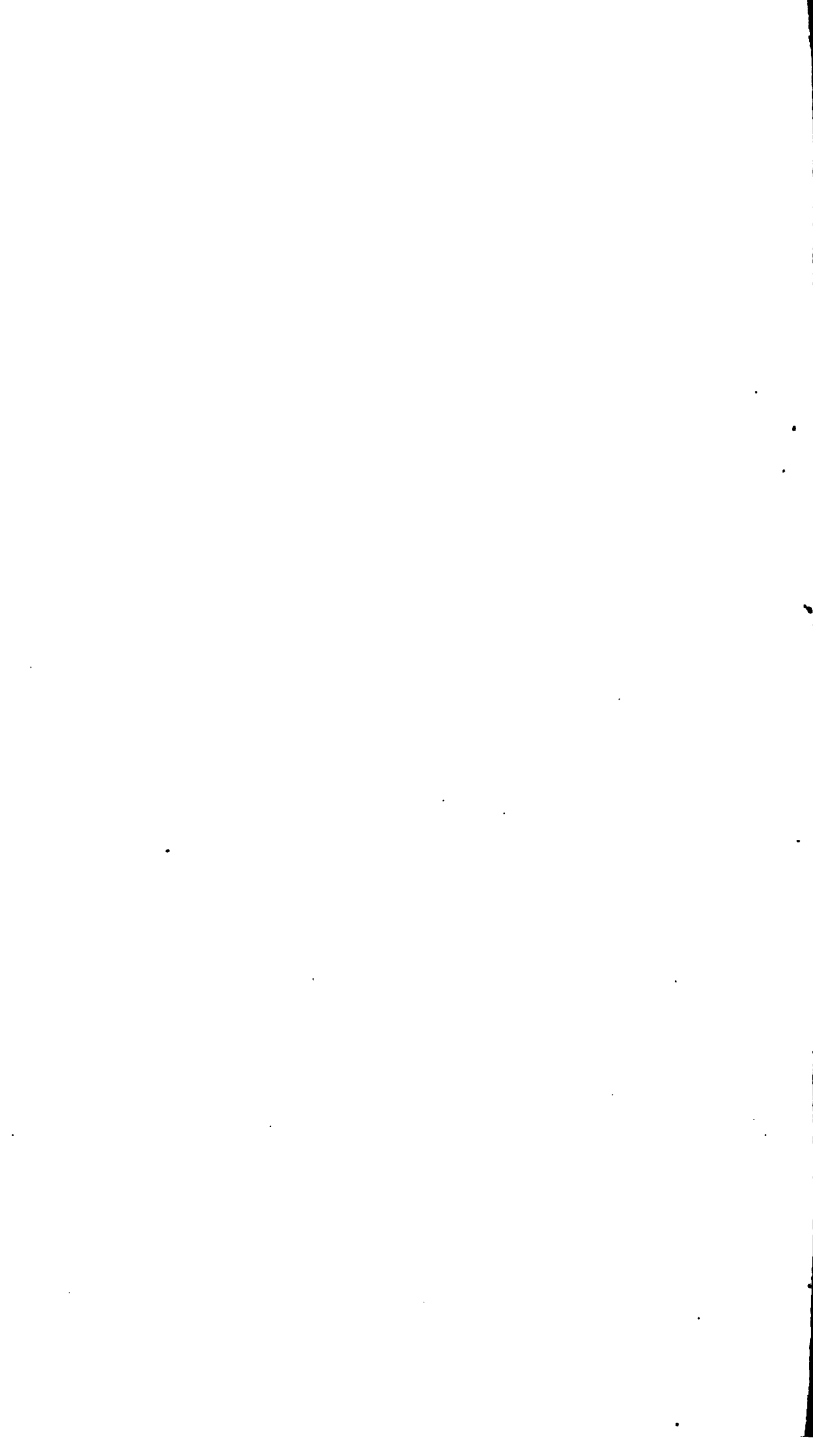
Y la afligida mujer no dijo nada, y en silencio lloraba, mirando como iban surgiendo las playas de la nueva tierra... Entre tanto, la niña llena de alegría mostraba á su madre una blanca avecita que había llegado volando de la costa, y que fatigada, con las alas abiertas, se mecía en la cuerda de una vela...

* * *

Días después de haber llegado á la gran Ciudad, leía en un dia-

RAFAEL ANGEL TROYO

rio de la mañana, que en un parque que la nieve cubría con su melancólica blancura, había sido encontrada muerta, en los regazos de su madre moribunda, una linda niña de ojos azules y de rizados cabellos de oro...



SUPREMO INSTANTE



SUPREMO INSTANTE

A Vicente Acosta.

TODA pálida y exangüe agonizaba entre mis brazos..... Su cabeza como mustio lirio que dobla su corola, se inclinó suavemente sobre mi pecho, donde con ansiedad profunda palpita-
ba mi corazón...

Entonces me asomé á sus ojos que sombreaban cárdenas ojeras; y en el paisaje de sus pupilas que iluminaba lívida luz, ví

como dos negras golondrinas, que volaban, que volaban y que se iban...

Sus labios de violeta se agitaban torpemente, como si musitaran un adiós...; y una triste sonrisa iluminó su cadavérica faz...

En sus convulsas manos que yo retenía entre las mías, cesó la pulsación, y una onda de frío, pasó bajo su piel, haciéndome estremecer hasta en lo más íntimo del alma...

Luego volví á asomarme á sus ojos y en el sombrío paisaje de sus pupilas ví tan solo, la negra sombra de una noche eterna...

Con un extraño grito—que no parecía mío— la llamé entonces: —Amada mía!... Amada mía, despierta!...

Ah! qué silencio tan terrible aquel... Nunca me había sentido tan solo!

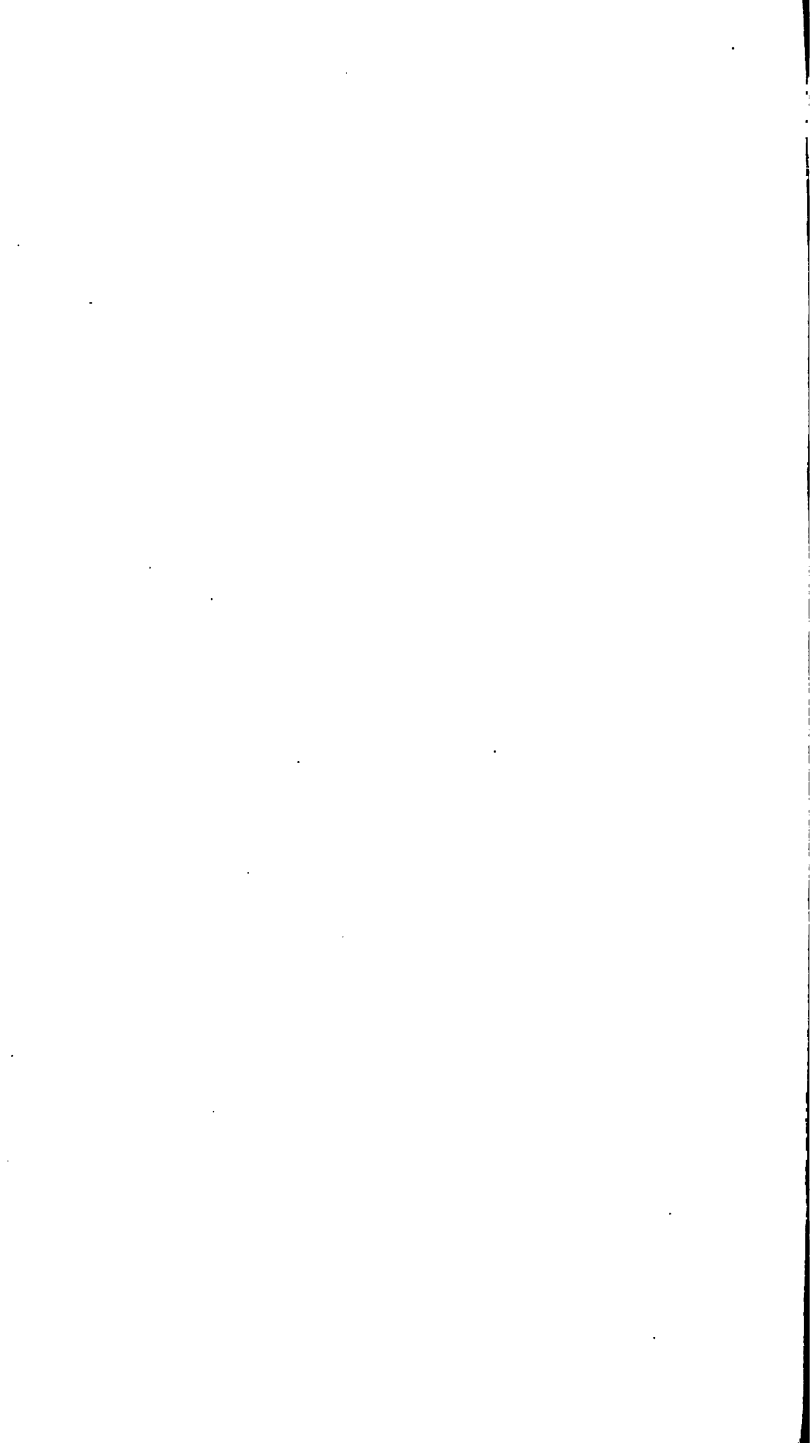
Entonces abrí la ventana que daba á la calle; y en esos momentos ví que en el cielo, antes obscuro, se encendían todos los cirios de las estrellas...

RAFAEL ANGEL TROYO

Y la luna, como un bajel de
plata, se alejaba... se alejaba y
se perdía por el inmenso piélago
del infinito...



LAS MANZANAS



LAS MANZANAS

POR el sendero perfumado y lleno de la tibia luz de la mañana, iba lentamente el señor Cura. Bajo el brazo llevaba un paraguas de verde tela y en su vieja y lustrosa sotana, el sol ponía refulgencias de seda. Iba pensativo, y de cuando en cuando se detenía á aspirar con deleite la fresca brisa olorosa á azahares que venía de la montaña, ó sacaba de su bolsillo la desteñida petaca de cuero, de

donde tomaba poquitos de rapé con que se refregaba la nariz.

Descendía el sacerdote la estrecha pendiente, espantando con su larga y negra figura los alegres pajarillos, cuando oyó á lo lejos un murmullo de risas cristalinas. ¿Qué será aquello? se dijo el buen pastor prestando atención, y picado por la curiosidad, dirigió su despacioso andar hacia allá, abajo... A poco, y siguiendo siempre al lugar de la algazara, se internó en una frondosa montañilla, de donde brotaba un riachuelo que presuroso se perdía por entre las verdes praderas...

—Ah! son las ninfas que juegan en el río—pensó—probablemente voy á una fuente encantada... Y temeroso de espantarlas, como á las alegres avecitas del camino, encorvóse para no topar con las ramas, y empezó á andar despacito, cuidadoso de que no fueran á quebrarse las hojas secas bajo sus pies. Y á medida que avanzaba, los gritos y las risas se oían más cercanos. De pronto, y á través de una tu-

vida enramada, el sacerdote vió la hermosa fuente que formaba el río y que rodeaban sauces de luengas y susurrantes cabelleras. Y bajo la dulce y misteriosa claridad que traspasaba el toldo umbrío que tejían las ramas de los altos árboles, el cura, todo sorprendido, vió con asombrados ojos: Mujeres!! Mujeres!! no ninfas.

Sobre el muelle césped que se extendía á la orilla, una linda muchacha medio desnuda é indolentemente recostada, reía, reía bulliciosamente, en tanto que con uno de sus breves pies, golpeaba el agua que caía en meruda lluvia sobre la superficie; y entre el río, —¡oh pecado mortal!— se dijo el señor cura santiguándose, desnuda y divina, otra bella mujer, cuyo busto á flor de linfa, mostraba la preciosa turgencia de sus senos sonrosados y pequeños. Y el sacerdote que por primera vez en su mística vida contemplaba tal cosa, extasiado se decía:—Parecen dos manzanas!! Qué pecado! Qué pecado! y por su cuerpo de car-

ne inmaculada, sintió pasar un extraño escalofrío...

Al fin, y como un enorme ramillete de lirios, todo blanco, surgió de entre las aguas, el cuerpo de aquella hermosa mujer. El señor cura cerró los ojos, y persignándose, se alejó despacito, con cuidado, que no fueran á quebrarse las hojas secas bajo sus pies, y repitiendo entre dientes: — Parecían dos manzanas aquellas cosas! Qué pecado!..

Y por el sendero lleno de la tibia luz de la mañana, el señor cura siguió camino de su casa.

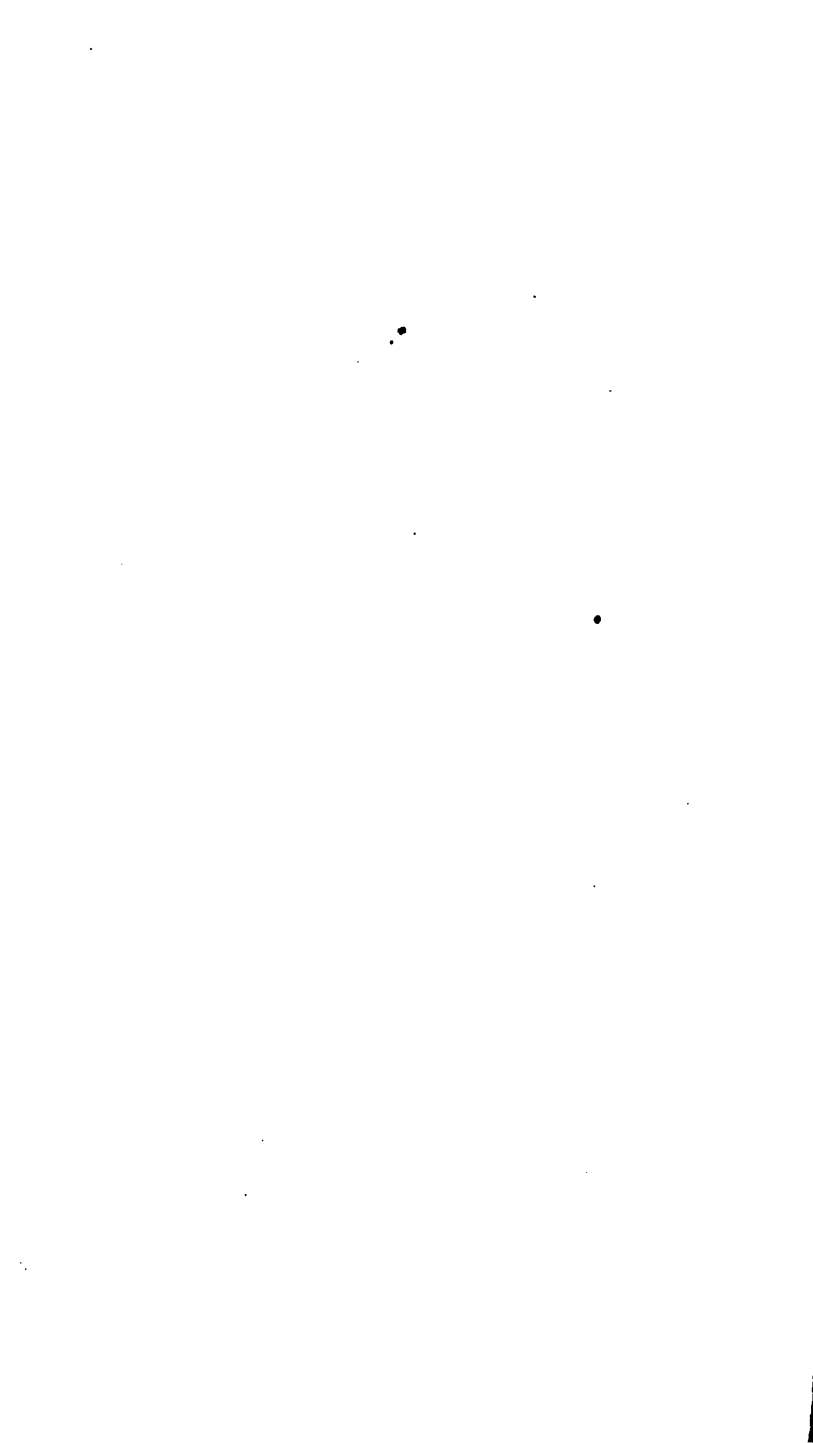
* * *

A la hora acostumbrada, sobre un blanquísimo mantel, la vieja hermana del eclesiástico servía el almuerzo entre dos floreros azules, cargados de narcisos y azucenas.

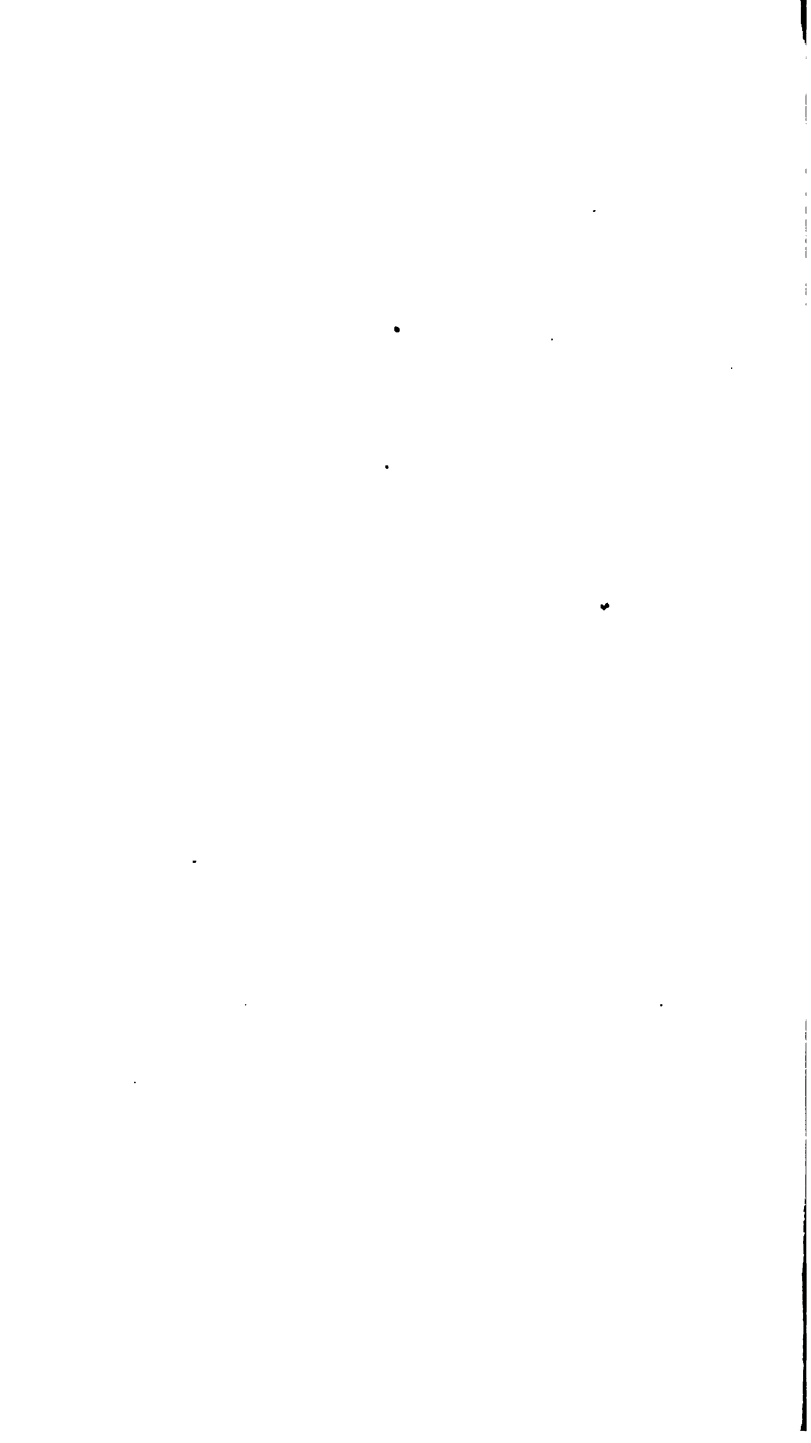
En frente, y por la abierta ventana que daba al huerto, oloroso á tomillo y á yerbabuena, se veían los floridos arbustos y la roja torre de la iglesia.

—Aquí tenéis, hermano,—dijo la flaca viejecilla, presentando

al señor cura, en un plateado plato, dos manzanas sonrosadas y pequeñas;—son las primeras de esta cosecha, añadió—probadlas, que de seguro os gustarán. —Y el señor cura, encendido como la grana, santiguóse, y apartando á un lado las frutas, exclamó en el colmo de su turbación:—Parecían dos manzanas! qué pecado!! qué pecado!!



DEL PASADO



DEL PASADO

A Roberto Brenes Mesén.

HN cielo azul donde brillan las
estrellas, y entre los aureos
resplandores, la luna de plata,
pálida y melancólica. Bajo ese
cielo, los altos montes sombríos
coronados de nubes; los valles
silenciosos donde se deslizan
sombras fantásticas; y luego el
mar, el mar!... esa inmensa lira
que tiene rugidos de trueno y
sollozos de mujer...

A lo lejos, sobre las apacibles
ondas azules, pasa una barca,

TOPACIOS

dejando en el agua una estela de argentada espuma, y en el aire, el aire dulce y triste de una tierna canción...

Y junto á mí, palpitante de amor y muda ante la felicidad que la embriagaba, Ella, la amada de mi alma y de mi vida...

—Ah! cuanto te amo!—me dijo, poniendo en sus palabras perfume de la flor de su corazón. Y nos besamos junto al oceano, y bajo el firmamento de oro, entre aquellos dos infinitos, en un beso largo y profundo...

Del cielo, se desprendió una estrella luminosa, como una margarita de pétalos de luz que se deshojara...

Y yo la dije: amada, creo en Dios por que existes tú y la Poesía.

Luego, nos fuimos, caminábamos muy despacio, en un delicioso silencio.

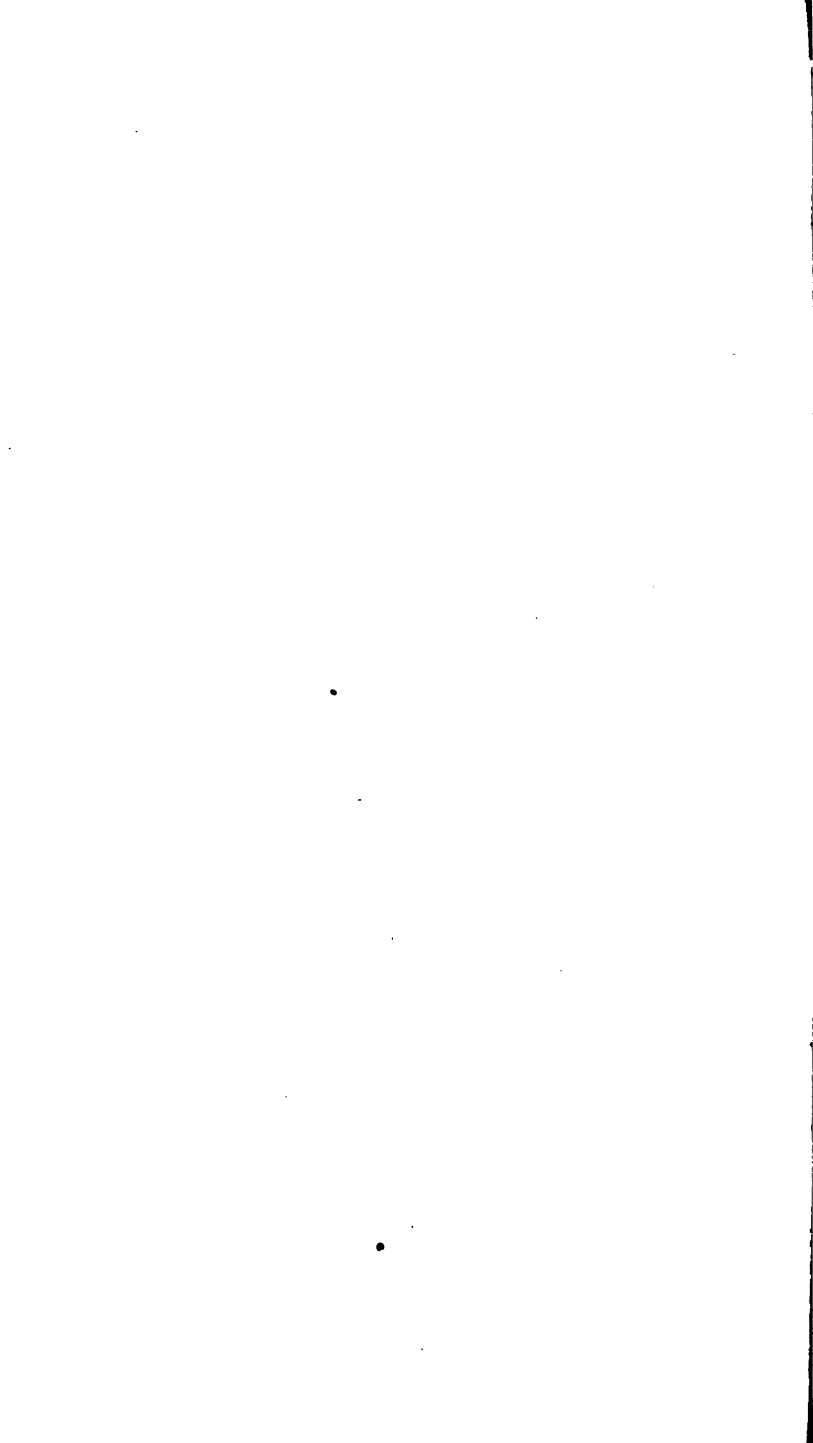
El mar parecía dormir, tal era su quietud. La luna se había puesto más pálida y más triste; y en la húmeda arena de la pla-

ya iban quedando las huellas de
nuestros piés...

* * *

Cuando llegué á casa, solo ya,
y en el frío silencio de mi pobre
estancia, tomé la pluma, puse un
manejo de cuartillas frente á mí,
y pensé, pensé en todas aquellas
cosas que acababa de ver; en el
cielo, en el mar, en la luna y en
Ella... más hermosa que todo,
más ideal...

Los minutos pasaban y pasa-
ban y mi pluma nada escribía y
llegó la media noche y las cuar-
tillas todavía permanecían blan-
cas. Y luego siguieron los días,
después los años y nunca pude
decir nada de todo lo que ví y
sentí en aquella venturosa no-
che que nunca volverá...



EL RUBÍ



EL RUBÍ

A Rubén Darío

HASTA mañana, Nelly!
—Buenas noches, abuela!
Y de regreso del baile entró Nelly en su alcoba, en ese delicioso nido, dorado rinconcito de un amable cuento de hadas.

En uno de los ángulos de la estancia estaba el precioso tocador de madera de rosa, con su tersa luna de Venecia que aprisionaba un sutil bordado de flores de cristal. De pronto el espe-

jo se iluminó; la joven inmóvil, sonriente, se miraba.

—De veras que soy bella!—dijo—y su escultórico busto en el óvalo del cristal, era como una opulenta magnolia de nevada blancura. Bajo el fascinador encanto de sus ojos garzos, los más lindos ojos del Imperio, irradiaba en el sonrosado alabastro de su escotado pecho, un diamante que colgaba de un hilo casi invisible, y que entre la turgencia de sus senos, semejaba un luminoso lunar de impecable albura ó una estrellita de cambiantes fulgores.

Pensativa, con algo de tristeza en el alma, hilando con hilo de oro el ensueño de aquella noche feliz que acababa de pasar en el baile, Nelly suspiraba por la dicha perdida que se había ido con las armonías de la música, con el perfume de las flores, y con esas venturosas horas que ya no volverían más... Así meditaba Ella, desatando la dorada madeja de sus cabellos, cuando el silencio de la estancia fué turbado por el ruido de un torpe

aleteo... y enseguida un ala membranosa y fría pasó rozando su rostro, y de un aletazo fué á apagar la luz... llena de horroroso pánico, la joven lanzó un grito de pavor y precipitadamente echó á correr entre las negras sombras, y olvidando que la puerta de su alcoba estaba cerrada, dió contra ella, con tal ímpetu, que su cuerpo rodó por el alfombrado pavimento, repercutiendo el espantoso ruído en la quietud de las demás habitaciones de su casa...

*
*
*

Cuando la dulce niña volvió en sí, y abrió los ojos, sorprendida vió la sangre que manchaba los finos encajes de su escote y enseguida sintió el agujijón de la herida que restañaban cariñosamente las suaves manos de la vieja abuela.

En uno de sus senos, que eran como delicados estuches de seda y nácar, aparecía la herida, una manchita roja que semejaba una purpúrea semilla

de granada sobre una poma de nieve.

—Y mi diamante?—exclamó con doliente voz la pobre Nelly —dónde está? Y mostraba á la abuela el hilo roto, de donde había pendido la joya.

El diamante había sido buscado ya por todas partes, por los rincones todos de la alcoba, y aún en el mismo nido de su seno y nada, la piedra preciosa había desaparecido como por encanto. La afligida joven llena del más hondo desconsuelo se echó á llorar; sí, nada significaba aquella herida que había coloreado los valiosos encajes de su traje blanco, ni el dolor que era como una espina que se hubiese clavado en su carne, ante la enorme pérdida de esa joya que siempre llevaba consigo, con el cariño de un divino amuleto, ó un querido recuerdo de amor.

*
*
*

Y el respetable Doctor llegó con su flamante levita y sus instrumentos de cirugía, como si

se tratase de amputar una torneada pierna de alabastro, ó de destrozar uno de aquellos preciosos senos. Y cuando el médico preguntó por la herida, Nelly que estaba pálida como una rosa mustia, encendióse como una rosa roja, y luego, todo turbada, cerró los ojos...

Entonces la viejecita con trémula mano desató el corset y sobre aquellas nevadas colinas, el sol del rubor prendió una rosada aurora...

Después de un corto examen en que la bella niña se quejaba dolorosamente, el médico declaró que la enferma sanaría muy pronto; y como preguntase por la causa de tan extraño accidente, la buena abuela habló cadenciosamente, relatando la historia con la misma gravedad con que contaba un cuento de «Las Mil y Una Noches» á los asombrados nietecillos que la escuchaban con dulce recogimiento; y cuando la viejecita refirió la misteriosa desaparición del brillante, la afligida niña, con el llanto en los ojos, díjole al Doctor lo

mucho que sufría por la pérdida de esa joya que había sido siempre la admiración de los que la habían visto brillar en su pecho, como si fuera una lejana estrellita del cielo. Ah! la primorosa joya compañera de las divinas gemas de sus ojos.

Y el médico, levantándose de pronto de su asiento, como si hubiese concebido una idea, se dirigió hacia donde estaba su baliya de piel de Rusia con los instrumentos de cirugía, y tomando unas gráciles pinzas de plata tornó al lado de la enferma.

—Vamos!, amiguita—exclamó, ¡un minuto de valor!, un minuto no más; é introduciendo con delicadeza el instrumento en la pequeña herida que sangraba, y tras un instante de silencio y de dolor, el médico sonriente y lleno de júbilo, extrajo de aquel turgente estuche de seda y nácar, en vez del hermoso brillante... un precioso rubí.

DEL TIEMPO VIEJO



DEL TIEMPO VIEJO

LA calleja es estrecha, tan estrecha que nunca ha sido turbado su silencio por el ruido de un carruaje. Su pavimento mal empedrado. Y casas grandes, de gruesas paredes de piedra que cubren manchas como enormes mariposas negras, y grietas sucias, que semejan cicatrices de viejas heridas. Y todas esas románticas moradas, tienen sus ventanas de reja de hierro, tras las cuales asoman bellas caras morenas de ardien-

TOPACIOS

tes ojos negros, ó anchas mace-
tas de rojos claveles.

La noche es tibia, corre un ai-
recillo que agita las flores y lle-
va gratos perfumes.

La luna llena desparrama su
luz por la calle, en una como pe-
numbra, que baña de plateadas
claridades las piedras del suelo,
y pone fantásticas sombras mo-
viles en las hidrópicas paredes.

La callejuela es larga y tor-
tuosa. Suenan unos zuecos en el
silencio... y allá, envuelto en
negra capa, conversa en la en-
rejada ventana un misterioso
galán. Suenan los zuecos como
si pisaran un hueco pavimento;
es un viejecillo que pasa; va en-
corvado, envuelto en largo ca-
pote gris, camina con menudos
pasitos de cansancio; de cuando
en cuando tose, y al llegar fren-
te á la ventana donde está el
embozado caballero, oye un sua-
ve y dulce rumor de palabras y
de besos, y tras la reja, donde
la luna enreda un melancólico
rayo de su luz, ve un lindo ros-
tro de mujer, y un tiesto de cla-
veles de deliciosa fragancia, y

RAFAEL ANGEL TROYO

el viejecito suspira, ¡un hondo suspiro!, torna los ojos al cielo y contempla la luna; y con su menudo paso que repercute en la solariega callejuela, sigue andando, andando, talvez, hacia una casa muy oscura y muy sola, donde espera alguna pálida enferma, la medicina que ha de calmar su dolor...



LA TRISTEZA DE LA LUNA



LA TRISTEZA DE LA LUNA

UN imponente silencio llenaba el Monte-Calvario. Los soldados con las pesadas lanzas en las manos, contemplaban mudos la agonía del Nazareno, que bañaba en albas claridades el crepúsculo muriente...

Al pié del ensangrentado madero, dos samaritanas lloraban con desesperante dolor.

Una cálida brisa traía de los huertos lejanos, un olor á mirto y á rosas.

De entre un grupo de oscuros olivos sombríos, brotaba el lastimero gemido de una paloma.

El Mesías volvió sus ojos suplicantes hacia el cielo;... que triste, y que solo, estaba ese cielo!... Sus labios marchitos musitaban una oración...

Las mujeres lloraban.

Un ciego que pedía limosna en nombre de Dios, aseguraba haber visto en esos momentos, rodeado de deslumbrante aureola, la humilde figura del Mártir Redentor. En los labios del sabio Maestro floreció una dulce sonrisa; su cabeza de luengos rizos, lánguidamente se inclinó á un lado, y una palidez intensa cubrió su rostro después...

De pronto se sintió la tierra vacilar; una inmensa y negra sombra descendió invadiendo el Planeta: la tierra se movía como la ondulante superficie del mar; de lejos llegaba el eco pavoroso de terrible tempestad,... y en el infinito espacio, negro, negro, culebreaban ondas de fuego, á cuyos siniestros resplandores, se veía el albo cuerpo del

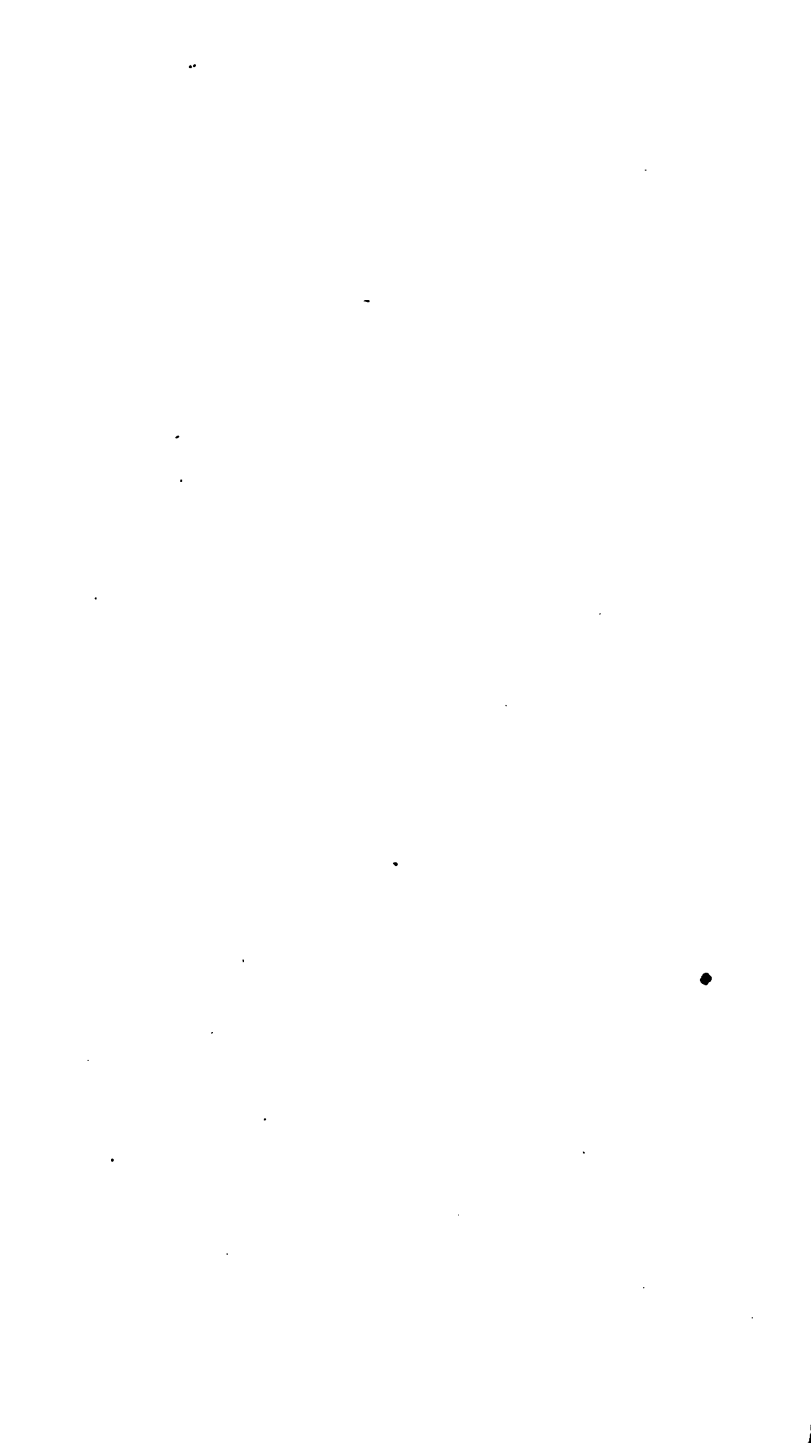
Redentor de una blancura de nieve que manchara la púrpura.

Los hombres, locos, gritaban poseídos de pánico, y corrían con los brazos abiertos sin saber adonde. Luego, cesó el espantoso ruido de la Naturaleza, y de nuevo apareció en oriente la desmayada luz del sol que se ocultaba.

Y en el cielo, y entre las nubes plúmbeas que vagaban, surgió la luna esplendorosa y bella, la luna que era como una enorme violeta de celeste luz y al inclinar su faz hacia la Tierra, vió en la cumbre del alto monte, al Cristo exángüe que en la cruz colgaba, y al verlo muerto, fué su tristeza tan grande, que desde entonces, pálida y melancólica vá por el inmenso cielo como una viuda inconsolable...



EL MAS VIEJO DE LA ALDEA



EL MAS VIEJO DE LA ALDEA

A doña Emilia Pardo Bazán.

UNA tarde, de los primeros días de nuestra temporada de verano, en que los niños conversábamos en el balcón de nuestra casita blanca de la aldea; por el sendero que poblaban rumorosos cipreses y sauces umbríos, venía pasito á paso, cojeando, cojeando, un viejecito muy viejo y muy encorvado, de nevados y luengos cabellos, y de barba florida y larga, que le da-

ba el aspecto de un anciano mago de un cuento Oriental. Todos miramos con curiosidad y respeto á aquel anciano, que apoyado en un grueso bordón, pasaba sonando sus pesados zuecos de madera, y que sin mirarnos, seguía su camino como si estuviese fastidiado de ver niños en los balcones de las casas.

Mis hermanitas dijeron entonces: Pobrecito el viejecito que de tan viejo se va á morir!... Y nosotros los hombres nos reímos de los zuecos que chocleaban al andar...

Al día siguiente, y á la hora en que el crepúsculo doraba la silenciosa campiña, por el sendero que llenaban con sus gemidos los sauces y cipreses, venía el viejecito más viejo de la aldea. Aquella tarde no iba solo, una chiquilla le acompañaba sirviéndole de blando sostén á su cansado cuerpo. Que bonita era la niña con sus ojillos morenos y picarescos, sus cabellos brunos y su pequeña boca de fresa, y que buena se veía con su sencillo trajecito de blanco percal.

Al pasar bajo la alegría del balcón, nos miró á todos sonriente, como si quisiese tenernos por amigos. No había duda, la muchachita debía ser nieta del viejecito, sí, del viejecito que se iba á morir, como desde entonces lo llamamos.

Después supimos muchas cosas, entre otras: que el buen hombre se llamaba don Joaquín, que había sido maestro de escuela de la aldea durante muchos años, y que ahora, y en una ruinoso casa, olvidado de todos, vivía tan solo con el cariño de la querida nietecita de su alma, que desde muy pequeña había sentido también la amarga, tristeza de la horfandad...

Y á medida que transcurría el tiempo, *el viejecito que se iba á morir* se volvía más arrugado y más achacoso, mientras que la niña se ponía hermosa y sonrosada, como una manzana.

Y los días siguieron para nosotros con el delicioso encanto de los cuentos de brujas y de magos, en tanto que el otoño doraba las hojas de los árboles, las

flores se marchitaban y los pájaros en bulliciosas bandadas se iban, se iban lejos... Y el *viejecito que se iba á morir* se tornaba pálido y frágil como una hoja de ese otoño que se llevaba en sus alas el viento helado y zumbador.

Una tarde, la última de nuestras bellas tardes en la aldea, y cuando los niños refamos haciendo fiesta de nuestra alegría, vimos á lo lejos un cortejo fúnebre que lentamente avanzaba por el sendero de los sauces y cipreses. Las campanas de la ermita doblaban con eco lastimero; y en el cielo todo negro, había una tristeza infinita...

—Quién habrá muerto? pregunté; una de las niñas repuso: —De seguro que ha sido *el viejecito que se iba á morir*. Y todos dijimos, sí, debe ser el viejecito porque ya no podía con la carga de sus años. Pobrecita la niña—agregó otra de mis hermanitas—qué solita se va á quedar!

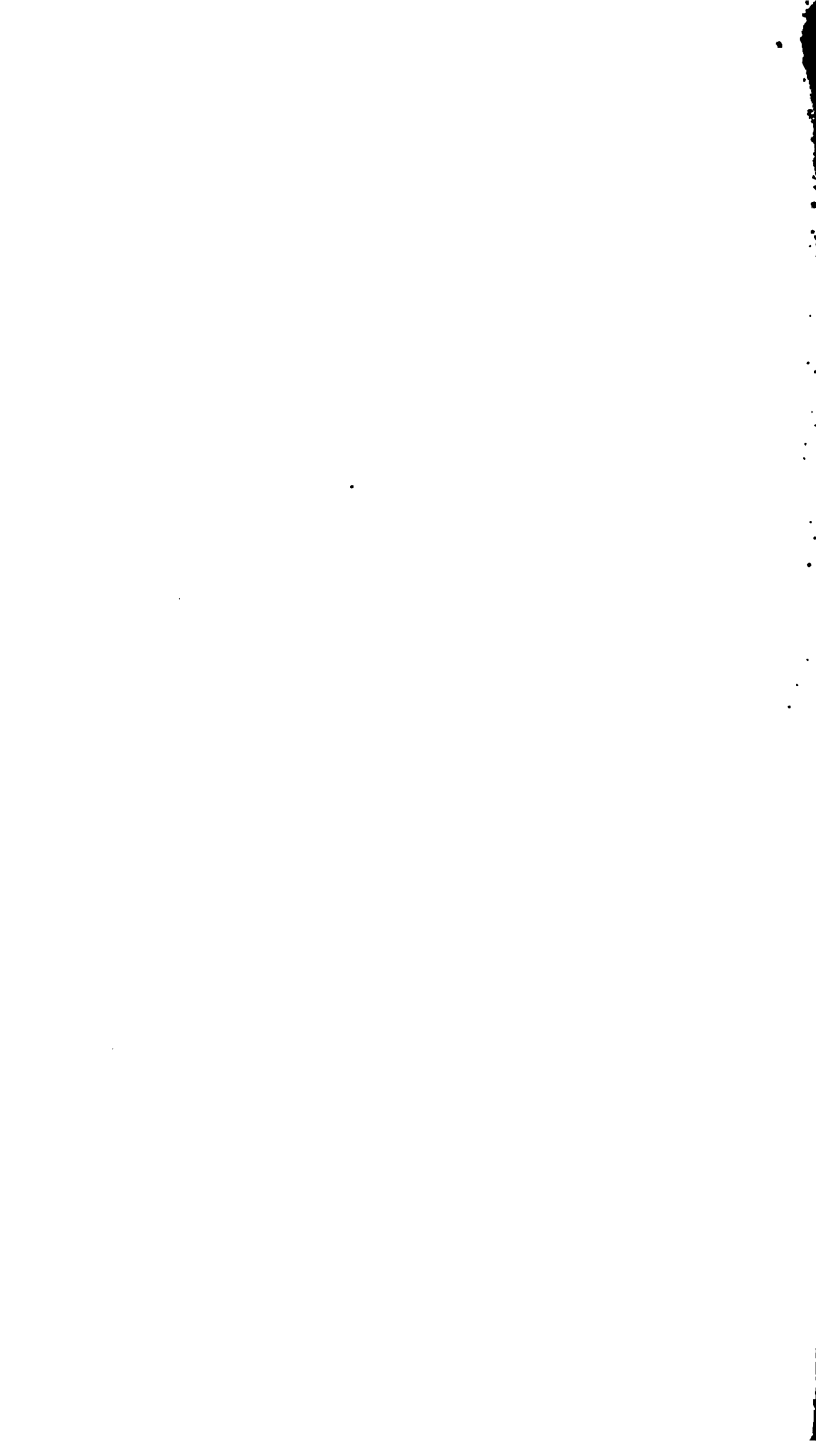
Pero á poco vimos que el ataúd que traían en hombros los melancólicos aldeanos, era un

RAFAEL ANGEL TROYO

ataud blanco y pequeño, y detrás llorando, llorando mucho, todo encorvado y tembloroso, iba *el viejecito que se iba á morir...*



AQUELLA NOCHE



AQUELLA NOCHE

ESTÁBAMOS los dos en la ventana. Ella, absorta, contemplaba el profundo azul del cielo; yo, encantado, miraba el cielo azul de sus ojos.

¡Oh noche aquella!

A lo lejos, el ruido del mar que iba á morir sollozando sobre las anchas playas...

Cuando nuestro diálogo cesaba, oíamos un canto melancólico que venía de algún pescador que navegaba hacia los muelles. Como la ventana era estrecha, es-

tábamos tan juntos que los sedosos bucles de su rubia cabellera me hacían cosquillas en el cuello. Sus delicadas manos que yo aprisionaba entre las mías, eran dos perfumados manojitos de violetas blancas. A veces tornaba mi vista hacia atrás; parecíame que alguien muy quedo, muy paso, andaba sobre la muflida alfombra de la sala...

Un olor á marisco y á salitre sentíase en el aire frío que llegaba del mar. De pronto acerqué mis labios á su boca...

—Nó,—murmuró, agitando sus blondos rizados, y mi beso como un colibrí, quedó suspenso, aleteando, sobre la purpúrea flor de su boca.

—Por qué? la pregunté contrariado.

No ves que nos están mirando?—repuso con grave acento.

—Quién? la interrogué.

—Dios! me dijo, señalándome la esplendente luna; Dios, que nos está mirando tras la luminosa ventana de su divino alcázar.

ETERNO ANHELO



ETERNO ANHELO

SUBE! me dijo mi Amada.

Sube!,

que quiero coger una estrella de
ese vasto jardín del infinito azul...

Sube!,

que ya parece que se toca el cielo
con las manos.

Sube!

Y cuando llegamos á la altura,
con hondo desconsuelo murmuró:

—Ah! qué lejos que está el cielo todavía!..



EL PAÑUELO



EL PAÑUELO

A Manuel S. Pichardo

EL parque estaba engalanado como para una fiesta, con los más bellos encantos de la primavera. Los árboles vestían hojas nuevas, hojas tiernas de un verde suave, y los botones de las flores comenzaban á entreabrirse en una dulce sonrisa de esperanza...

Hasta las estatuas, las severas estatuas de los poetas y de los artistas, parecían también sonreír con sus labios de már-

mol y de bronce bajo la gloria de aquel deslumbrante cielo de luminoso azul...

En las frondas, había arrullos de pájaros, de los alegres pájaros que volvían al amor de la fecundante primavera. Las piedrecillas de los senderos brillaban como piedras preciosas. Y en el estanque, los peces de oro y de plata jugaban á flor de agua entre los mágicos cambiantes que ponía la luz sobre la ondulante linfa.

Bajo un sauce de lánguida cabellera, y reclinado en un viejo escaño, perezoseaba un vagabundo; un rayo de sol que traspasaba el umbrío ramaje, iba á poner su tibia caricia en la cabeza del harapos, á través de una rotura que lucía el mugriento sombrero. Y ese vagabundo que parecía un mendigo ó un soñador, estiró las piernas largas y flacas, bostezó y se quedó contemplando las flores que le rodeaban...

—Ah! si se pudiesen comer las rosas y los lirios—pensó el soñador.

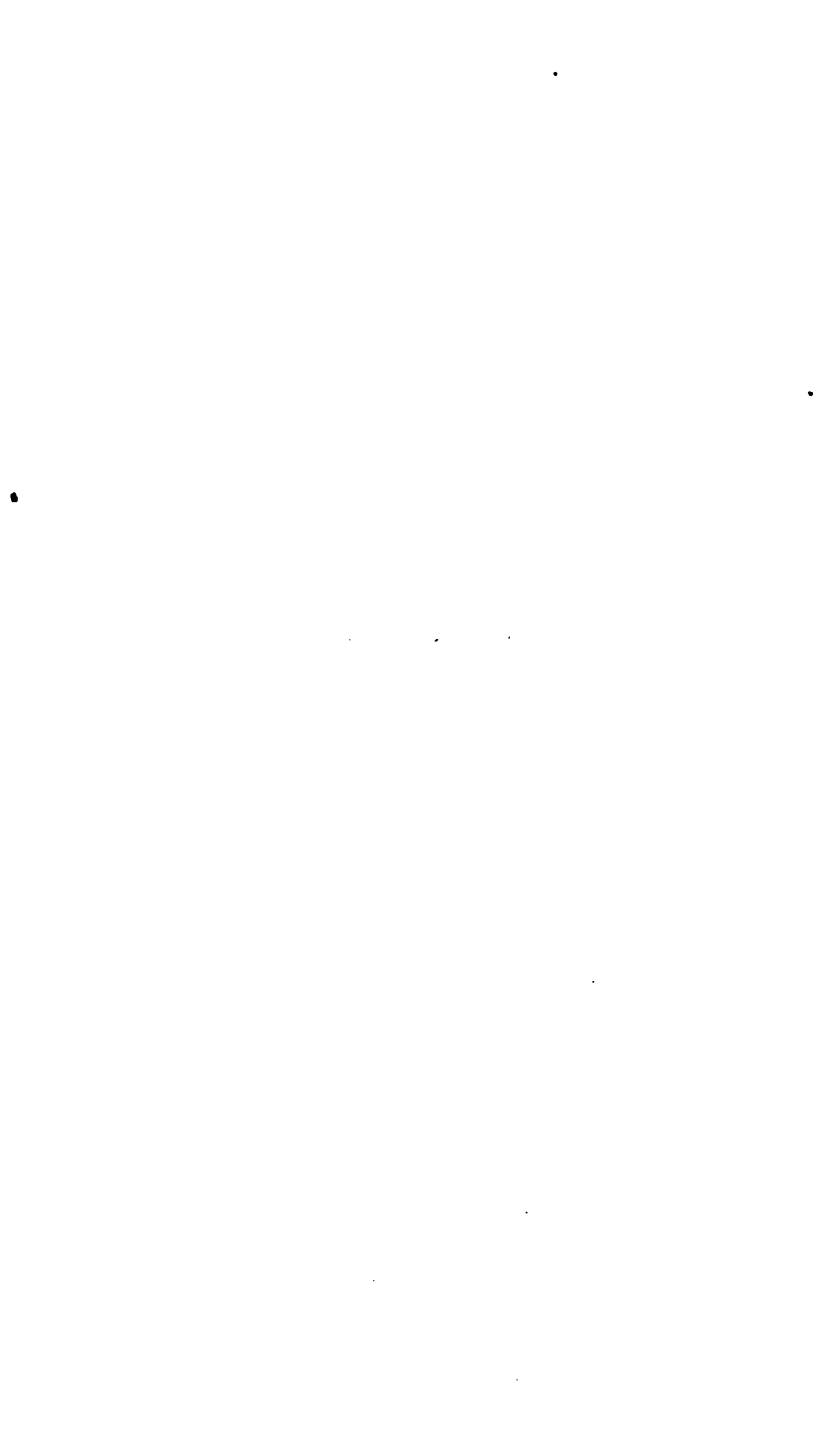
Más allá, un cisne de cuello negro, orgulloso, bogaba con gallardía entre los nenúfares del lago. De pronto, oyóse un ligero caminar... por el estrecho sendero venía una bellísima mujer, y pasaba, sobre las pequeñas piedras preciosas del camino... Qué breve era su pie, qué bonita la refulgente zapatilla color perla, y bajo el celeste cielo de su ancho sombrero, qué divinos luceiros los ojos negros que miraban el negro cuello del cisne blanco...

El mendigo suspiró hondamente, y sus ojos rojos de insomnio y hambre, miraban la crugiente cauda de la enagua de seda, que se arrastraba sobre la arena, haciendo fru-fru, fru-fru. Y la dama se alejó tras los árboles susurrantes, y como una grande y mustia mariposa blanca, quedó en mitad del camino un albo pañuelito. El hombre, de un salto se lanzó sobre la perdida prenda; cojióla cuidadosamente entre sus toscas manos, y después de examinar la fina batista de aquella preciosa miniatura, donde dos misteriosas

letras iniciales se entrelazaban en uno de sus ángulos, aspiró su exquisito perfume con deleite, y como si tuviese junto á sus labios aquella boca pequeña y sonrosada que acababa de ver pasar en su triunfal belleza, puso un beso en el pañuelo, un beso largo, lleno de pasión, y después con alegre sonrisa dijo:

—Ya tengo con que probar mi aventura de amor con una princesa, y con cariño lo guardó en la oscura profundidad de su grasiento bolsillo, junto con la única y rica prenda que llevaba, una enorme pipa negra, sucia y vieja, la amada pipa de su alma que le hacía olvidar el hambre y el dolor, cuando en las azules espirales del humo, elevaba hacia el cielo sus pobres ilusiones.....

ACUARELA



ACUARELA

ENTRE las dos torres de la vieja Catedral, donde crecen las solitarias siemprevivas, una cigüeña dormita silenciosa.

Abajo, las calles solariegas y estrechas, con sus antiguas casas de piedra, y sus anchos balcones de hierro.

Allá lejos... tras las colinas, se hunde el sol, como una hostia de luz.....

En la dulce languidez de la tarde, el aire es fresco y huele á montaña.

De pronto suenan las campanas del vetusto campanario, las campanas broncas y las de plañidero son.

La cigüeña escucha atenta, sacude las alas perezosa, alarga el cuello, y vuela, vuela descendiendo oblicuamente como si bajara á detenerse sobre la fuente de la plaza, donde dos mujeres llenan de agua sus cántaros de barro. Luego, el ave describe un amplio círculo y trazando espirales lentamente se eleva en el espacio...

Yaquella cigüeña de largo cuello, de alas angostas y puntiagudas, y de patas luengas y juntas, parece una cruz de plata, una cruz que el huracán hubiese arrebatado á la Iglesia.

En la calle, una vieja que camina sacudida por el viento, se santigua al toque de oración, y rezongando, rezongando se aleja.....

Y el ave, en el bello paisaje de aquel crepúsculo, es también como una caprichosa cigüeña pintada en la acuarela de un biombo chino.

RAFAEL ANGEL TROYO

Y después, cuando las sombras arropán los carcomidos torreones de la Iglesia, que semejan dos fantasmas en la noche, la cigüeña descende, pósase pensativa cerca á un grifo de hierro, y allí, con el cuello encogido y una pata bajo el ala, esponja su blanquísimo plumaje, y simula una alba magnolia entre la ruinoso arquitectura de la vieja Catedral.



EN LA LLANURA INMENSA...



EN LA LLANURA INMENSA...

A J. M. Vargas Vila.

POR el erial inmenso y solo que cubría la nieve con su punzante frío, y bajo la desolación de un enlutado cielo, caminaba un fúnebre convoy; en un desvenojado carro que rechinaba con lastimero alarido, iba la tosca caja pintada de negro, donde se bambolecaba el cadáver. Tres aldeanos tiraban del vehículo, y les seguían, un joven que cargaba las palas y el pico, y más atrás, un anciano con

una larga cruz sobre los hombros.

Y en esa solitaria estepa no había árboles, ni hombres, ni chozas...

Y como tropel de toros salvajes, un viento desgarrador, pasaba mugiendo por el vasto desierto...

Qué lejos quedaba la aldea, ya no se veía el alto campanario de la iglesia. Y la noche con su negra procesión de sombras, iba invadiendo el pálido horizonte...

De pronto, uno de los del grupo, dijo:

—Paremos aquí!—y no se oyó más el lúgubre gemido del carro funeral. Entonces, comenzaron las palas silenciosamente á remover la nieve, y el pico, con monótonos golpes iba mordisqueando la helada tierra, arrebatándole endurecidos pedazos.

El frío era intenso. Los hombres callaban como si temiesen que sus palabras se fueran á congelar.

El cielo, cubierto de compactas nubes, parecía descender sobre la gélida llanura.

Cuando ya el hueco se agrandaba, una voz rugió:

—Eh!, más honda esa fosa! Más honda!, que así lo dijo el señor Cura, para que el polvo de ese maldito suicida, no lo aviente después sobre la tierra, el viento gemidor...

El joven campesino que cavaba la huesa, dijo con aguardentosa voz:

—Pobrecita la vieja que lloraba abrazada al ataúd, hubo que pegarle, para que no siguiese el cadáver del hijo suicida. Y otro aldeano añadió:

—Bien hecho, permitir eso, habría sido un atroz sacrilegio.

A poco, la fosa estaba concluída, la fosa tan honda y tan negra...

Los aldeanos conmovidos, contemplaron aquella enorme boca que se abría amenazante, en medio de la blancura de la nieve.

Y entre todos, en un trágico silencio, comenzaron á bajar el ataúd que crujía.

—Es el muerto que solloza!— exclamó uno, los demás hombres rieron.

TOPACIOS

—Luego, paletadas de tierra, una tras otra, una tras otra, fueron cayendo sobre la pobre caja, hasta llenar la huesa. Después, clavaron la cruz, y rechinando el carro con melancólico alarido, por la llanura inmensa y sola que amortajaba la nieve, se alejaron pensativos los aldeanos.

FIN

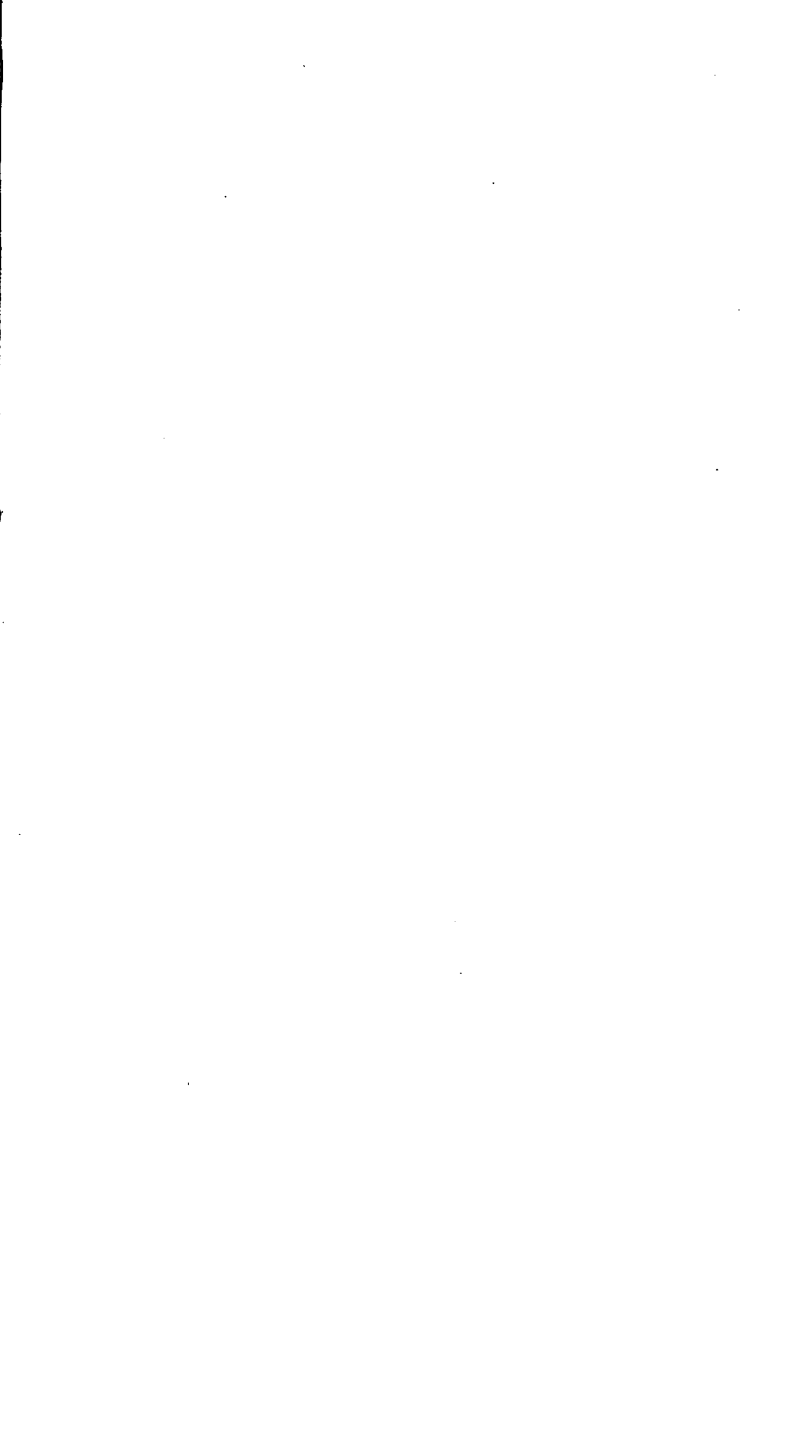


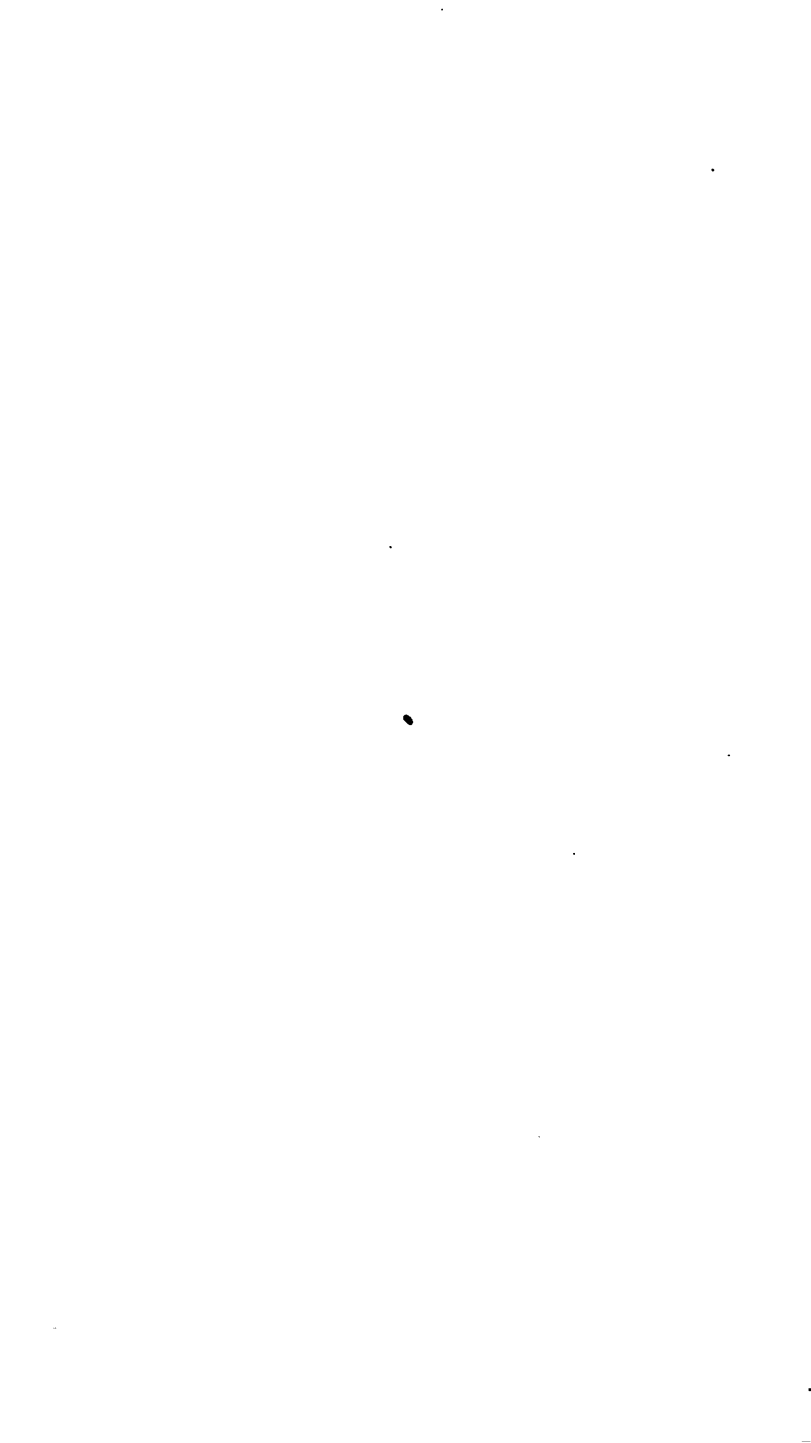


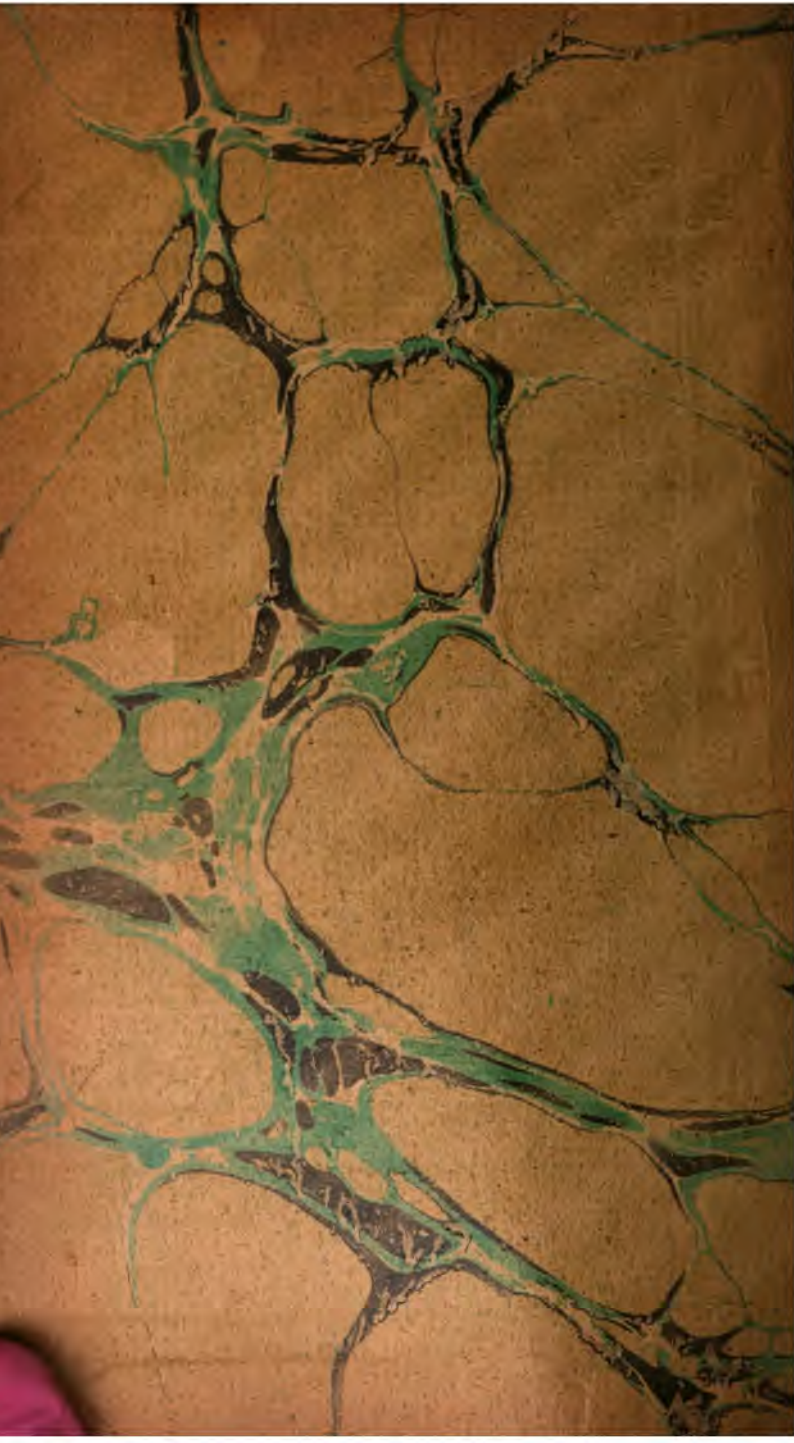












This book should be returned to
the Library on or before the last date
stamped below.

A fine is incurred by retaining it
beyond the specified time.

Please return promptly.